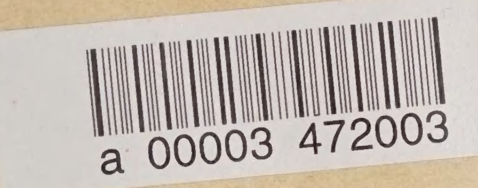

862.8
T2553
v.255
no.1
El
Oso Muerto
Ramos


a 00003 472003


LUX
LIBERTAS

EL OSO MUERTO

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

Y

VITAL AZA

Estrenada en el TEATRO LARA el 17 de Noviembre de 1891

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1891

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA DOLORES	Sra.	Valverde.
MAGDALENA		Rodríguez.
SERAFINA	»	Mavillard.
DOÑA PACA		Larxé.
PILAR	Srta.	Lasheras.
DON SILVERIO	Sr.	Rubio.
FLORO		Ruiz de Arana.
MANUEL		Lacasa.
SEÑOR RODRÍGUEZ		Larra.
PEDRO		Ramírez.
JUAN (sereno)		Capilla.
FERNÁNDEZ (guardia de O. P.)		Soto.

La acción en Madrid

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante.—Puerta en el centro del foro.—En primer término izquierda (del actor), balcón. En los dos términos de la derecha y en el segundo de la izquierda, puertas que dan á las habitaciones interiores.—Chimenea en la derecha del foro.—En la izquierda de éste, y aprovechando el hueco de una puerta, un armario ropero de unos sesenta centímetros de fondo, con su techo y tabiques correspondientes. En el fondo, y á conveniente altura, una percha con tablero guardapolvo. Sobre el tablero, una caja de cartón, y otras dos en el suelo; una de ellas con un manguito. —Varias prendas da vestir de señora colgadas en la percha.—La puerta del ropero ha de ser de una hoja, con buena cerradura, y se abrirá hacia el público y de derecha á izquierda.—Sobre la repisa de la chimenea, dos retratos de caballero en fotografía.—En primer término de la derecha un velador y tres sillas volantes.—En el de la izquierda una marquesita, y á la derecha de ésta otras sillas volantes.—Dos butaquitas á los lados de la chimenea.

ESCENA PRIMERA

MAGDALENA, vestida para salir á la calle, y SERAFINA.—Al levantarse el telón estará abierto el ropero

MAG. Estíreme usted la falda.

SER. Con mucho gusto, señorita. Así, ¿verdad?

MAG. Sí, así está bien. ¿Dónde he puesto los guantes? ¡Ah! Me los he dejado ahí, en el tocador, sobre la mesita que hay al lado del balcón. Tráigamelos usted.

SER. En seguida. (Vase segunda izquierda.—Vuelve inmediatamente.)

MAG. ¡Ay, qué modistas! ¡La ponen á una nerviosa!

SER. Aquí tiene usted los guantes.

MAG. Gracias. Saque usted el manguito.

SER. ¿Dónde está?

MAG. Ahí, en el ropero, en aquella caja.

SER. Voy al momento.

MAG. ¡Dichosa chaqueta! ¡Qué incómoda me tiene!

SER. (Desde el foro enseñando el manguito.) Es este, ¿verdad?

MAG. Sí, ese. Déme usted. ¡Jesús! ¡Si no puedo mover los brazos!

SER. ¿Quiere usted que le saque otro abrigo?

MAG. No. Si precisamente voy á eso; á casa de la modista, á que se convenza de que tiene que reformar esta chaqueta.

SER. Efectivamente, señorita; de aquí tira demasiado. Por lo demás, le hace á usted un cuerpo precioso. ¡Mire usted que en Madrid he visto yo cuerpos, pero como el de usted!..

MAG. Muchas gracias. (¡Vaya si es aduladora la doncella!) ¡Ah! Oiga usted... No recuerdo su nombre.

SER. Serafina, servidora de usted.

MAG. ¡Ah! sí, es verdad, Serafina. Si viene la señora de al lado...

SER. ¿Quién?

MAG. Doña Dolores; la que estuvo esta mañana.

SER. ¡Ah, ya!

MAG. Dígale usted que volveré al momento; que sólo voy á casa de la modista.

SER. Está bien, señorita.

MAG. Hasta luego. (Medio mutis.)

SER. ¿No lleva usted nada que la acompañe?

MAG. ¿Cómo? (Volviendo.)

SER. Sí, un envoltorio, un paquete figurado, un lío cualquiera. Un lío siempre acompaña algo á una señora que va sola.

MAG. No, no necesito nada. Voy bien así. ¡Adiós! (Vase por el foro derecha.)

SER. Hasta luego, señorita. Usted lo pase bien,

señorita. Vaya usted con Dios, señorita. (Bajando al proscenio.) ¡Y qué gestillo tan antipático tiene la señorita! Los primeros días de servir en casa nueva está una que no sabe cómo tratar á las señoras. Hasta que llega una á conocer el personal. (Llevando la caja del manguito al ropero.)

ESCENA II

SERAFINA y PEDRO, por el foro izquierda, con troncos de leña en una sera

PED. ¿Quién ha salido? ¿La señorita?

SER. Sí, la misma.

PED. Voy á arreglar la chimenea. (Se arrodilla delante de la chimenea.)

SER. Oiga usted, Pedro. ¿Se llama usted Pedro, verdad? (Acercándose á él.)

PED. Pedro Martínez, para servir á Dios y á usted...

SER. A Dios y á los señores, porque lo que es á mí...

PED. Y á usted también. A mí me gusta servir á las muchachas bonitas.

SER. ¿Sí? Pues, hijo, á mí no me sirve usted.

PED. Lo siento.

SER. A pesar de eso, en mí tendrá usted siempre una buena compañera.

PED. La cocinera y yo nos llevamos muy bien.

SER. Sí; ya lo he observado. Pues los tres nos llevaremos perfectamente. Es decir, si estoy mucho tiempo aquí, que ya veremos.

PED. ¿Qué, es usted de las que paran poco en las casas?

SER. Según y conforme. Ha habido casa en donde he estado más de dos meses.

PED. ¡Hola!

SER. Dicen que en Madrid está malo el servicio; pero crea usted que lo que está malo es el ramo de señores, y sobre todo el de señoras.

PED. No; aquí no tendrá usted queja. La señorita es un ángel de Dios.

SER. Buena; ¿eh?

PED. Muy buena.

SER. (¡Malo!) ¿Y el señorito?

PED. Otro ángel de Dios.

SER. Pues, hijo, estarán ustedes en la gloria.

PED. Yo hace seis años que les sirvo: desde que se casaron.

SER. Y diga usted, ¿el señorito es joven?

PED. Unos cuarenta años. Aquí lo tiene usted. Este retrato es el suyo. (Dándole una fotografía, que estará sobre la repisa de la chimenea.) Ya ve usted si tiene cara de bueno.

SER. Sí que la tiene. Es muy simpático. (Tiene cara de *panoli*. (Deja el retrato sobre la chimenea.— Fijándose en el otro retrato.) Y este otro ¿es el papá?

PED. No, es el casero.

SER. ¡Y en esta casa tienen el retrato del casero! Ya se ve que estos señores son unos infelices.

PED. Don Silverio es un buen señor. Vive en el cuarto de al lado, y se ha ido de caza con el señorito.

SER. ¡Ya! ¿El señorito está de caza? (Bajan los dos al proscenio.)

PED. Sí. Se marchó anteayer, y no volverá en tres ó cuatro días.

SER. ¿Y va muchas veces?

PED. Casi todas las semanas. Es muy aficionado.

SER. ¿A qué?

PED. ¡Toma! Pues á cazar.

SER. ¿En el monte?

PED. ¡Claro! ¿Donde quería usted que fuera?

SER. Es que como en este Madrid hay tantos maridos que dicen que van de caza, y á lo que van es de pesca...

PED. ¡Caramba, qué maliciosa es usted!

SER. Después de lo que una ve por ahí, ¿cómo va á ser? Hay cada belén por esas casas de Dios, digo, no, del demonio.

PED. Pues aquí no pasa nada de eso.

SER. No, no es que yo sospeche; pero, hijo mío, usted no sabe cómo está Madrid. He conocido algunas señoras... La última á quien serví era ¡de caballería!

PED. Esposa de un militar, ¿eh?

SER. No, hombre, de un escribano. ¡Los enredos que se traía aquella mujer! Pero, en fin, á mí no me fué mal con ella. Todos esos líos proporcionan propinas.

PED. ¡Naturalmente!

SER. Y si una ha de sacar algo más que el salario pelado, no tiene más remedio que pasar por ciertas cosas... ¿Y á una qué le importa que la señora sea como quiera? ¡Eso, allá ellas!...

PED. Dice usted bien.

SER. En casa de una viuda que tenía al marido en Ultramar...

PED. ¿Cómo?

SER. Sí, en el otro mundo; por eso decía que era viuda. Saqué yo muy buenos cuartos á un señorito americano que era el número cuatro ó cinco de los que le hacían el amor. ¡Ay! ¡Aquel señorito era muy generoso! Una vez que le salvé de un apuro muy gordo, me soltó un Veragua.

PED. ¡Caracoles!

SER. Un billete de mil pesetas, hombre.

PED. ¡Ah!

SER. Y gracias á aquel señorito y á otros como él, guardo mis ahorrillos en el Monte de Piedad.

PED. Sí, ¿eh?

SER. Sí, señor; tengo una libreta de diez mil reales.

PED. ¡Una libreta de diez mil reales! ¿Y á eso lo llama usted *libreta?* ¡Eso es una panadería! (Campanilla.)

SER. ¡Ay, qué gracioso! Llaman.

PED. Deje usted. Yo iré, *señora.* (Vase foro derecha.)

SER. Vaya usted con Dios, *caballero.*

ESCENA III

SERAFINA, luego DOÑA DOLORES

SER. Este debe ser un infeliz; pero me parece que en la casa no voy á parar yo mucho tiempo.

DOL. (Dentro.) Bueno, es lo mismo; esperaré. (Entrando, en traje de casa.) Buenas tardes.

SER. Servidora de usted. (La casera.)

DOL. ¿Conque la señorita ha salido? (Se sienta en la marquesita.)

SER. Sí, señora; pero me encargó decir á usted que volverá al momento. Sólo iba á casa de la modista. ¿Quiere algo la señora? ¿Algún libro, algún periódico para entretenerse?

DOL. Gracias. Ese ofrecimiento es muy oportuno. Ya se conoce que ha servido usted en buenas casas.

SER. ¡Ah! sí, señora. En lo mejorcito de Madrid.

DOL. Sé que en la agencia han dado de usted muy buenos informes.

SER. Mi dinero me cuesta.

DOL. ¿Cómo?

SER. Quiero decir que una necesita pagarlo bien para que le busquen buen acomodo.

DOL. ¿Y usted, de dónde es?

SER. Soy gata.

DOL. Ya. Del cabo de Gata, provincia de Almería.

SER. No, señora, de Madrid; como nos llaman así á las madrileñas...

DOL. ¡Ah! Sí, sí. ¿Y hace mucho tiempo que sirve usted?

SER. Seis años.

DOL. Empezó usted bien jovencita.

SER. ¡Qué remedio, señora! Mi familia vino á menos...

DOL. ¿Es usted de buena familia?

SER. A mi me parece muy buena.

DOL. ¡Claro! (Le he preguntado una tontería.)

SER. Pero estoy contenta; no me va mal en el servicio, y hasta ahora he tenido suerte.

DOL. Pues aquí seguirá usted teniéndola.

SER. Así me han dicho.

DOL. Y es la pura verdad. En esta casa no oirá usted nunca una palabra más alta que otra. Los señoritos son excelentes, y luego como no tienen más amigos íntimos que nosotros, y mi marido y yo no hemos reñido en nuestra vida, estamos siempre los cuatro tan alegres como unas pascuas. Por supuesto, que á mi lado, no es porque yo lo diga, pero es dificil que nadie esté triste.

SER. De veras, ¿eh?

DOL. Yo no puedo con la seriedad. Cuando no tengo de quién burlarme, me burlo de mi sombra.

SER. (Riendo.) ¡Qué buena sombra tiene usted!

DOL. Pues si me hubiera usted conocido de joven... ¡Era yo el mismo diablo! Pero ahora no soy lo que fuí. Ya voy para vieja.

SER. ¡Señora, por Dios!

DOL. Sí, hija, sí. ¿Cuántos años me echa usted?

SER. Pues, lo más, lo más, unos... sesenta y tantos.

DOL. No tantos, criatura, no tantos. Aun no he cumplido los cuarenta y nueve.

SER. Como la señora decía que iba para vieja...

DOL. Voy para vieja, pero no he llegado todavía.

SER. Pues que llegue usted con salud.

DOL. Gracias, y que usted lo vea.

SER. Amén. Con su permiso voy á mis quehaceres. (Dirigiéndose á la derecha.)

DOL. Sí; yo también voy á dedicarme á los míos. Hoy vengo de cocinera honoraria. (Se levanta.)

SER. No entiendo á la señora.

DOL. Ayer prometí á su señorita de usted que hoy cenaríamos juntas un pastel de pichones, que voy á tener el gusto de hacer yo misma.

SER. ¡Ya!

DOL. Me figuro que la cocinera habrá traído todo lo que le puse anoche en una notita.

SER. Si la señora quiere que me entere...

DOL. Sí, vaya usted, y de paso traígame un delantal, que no quiero mancharme.

SER. Vuelvo en seguida... Con permiso de usted. (Vase por el foro izquierda.)

ESCENA IV

DOÑA DOLORES, sola

Probablemente echaré á perder los pichones; pero, en fin, no será la primera vez. A ver si se me ha extraviado la receta... No, aquí está. (Saca del bolsillo un papel. Lee:) «Tómense dos pichones...» Ya los habrán tomado. «Y des-

pués de bien rehogados en grasa de puerco, sepárense de la lumbre.» Ya los habrá separado la cocinera. «Prepárese la pasta.» También debe de tenerla preparada. «Hágase una salsa con manteca, cebolla, tomate, ajos, estragón, perejil, yerba buena, piñones, nuez moscada y pimienta en grano.» Esta salsa de seguro que también la tiene hecha ya la cocinera. «Moldeada la pasta, se colocan dentro los pichones, se vierte la salsa encima de ellos y se mete todo en el horno.» Esto es lo único que yo tengo que hacer: meterlo en el horno.

ESCENA V

DOÑA DOLORES y SERAFINA

SER. Señora, aquí está el delantal. (Dándole uno grande, blanco.)

DOL. Traiga usted, traiga usted.

SER. La cocinera me ha dicho que avisará cuando lo tenga todo preparado. (Ayudándola á ponerse el delantal.)

DOL. Está bien. (Se oye la voz de Magdalena.)

MAG. (Dentro.) ¿Ha venido? Me alegro.

SER. Ahí está ya la señorita. Yo, con su permiso...

DOL. Vaya usted con Dios. (Vase Serafina por la primera derecha.)

ESCENA VI

DOÑA DOLORES y MAGDALENA

MAG. ¡Esto no se puede sufrir! ¡Esto es insoportable! (Tirando el manguito en el fondo del ropero.)

DOL. ¡Hija, vaya una manera de entrar! (1)

MAG. ¡Ah! Dolores, ya sabía que estaba usted aquí.

DOL. ¿Qué te sucede?

(1) Derecha del actor: Dolores—Magdalena.

MAG. Déjeme usted; vengo de un humor insufrible. (*Se quita la chaqueta y el sombrero. Los coloca en el ropero y cierra éste, dejando puesta la llave.*)

DOL. Lo comprendo. Las modistas son una calamidad.

MAG. ¡Qué modista! ¡Si no he llegado á su casa! He tenido que dar la vuelta á mitad de camino.

DOL. ¡Ah, vamos! Te lastima el calzado. Los zapateros son otra calamidad.

MAG. No, señora. Aquí no hay más calamidad que una.

DOL. Mujer, supongo que no lo dirás por mí.

MAG. No estoy para bromas; créame usted.

DOL. ¡Chica, me pones en cuidado!

MAG. Aquí la única calamidad, la única plaga, es cierta clase de moscones.

DOL. ¿Cómo?

MAG. Yo no sé por qué una señora no ha de poder ir á donde se le antoje y sin que nadie la moleste (*Irritada.*)

DOL. ¿Qué me cuentas?

MAG. Sí, señora. Más de cuatro veces me han dado ganas de llamar á una pareja de orden público, y decirle: «Bajo mi responsabilidad, prendan ustedes á ese tipo.»

DOL. ¿Conque esas tenemos? Cuenta, hija, cuenta.

MAG. Verá usted... (*Se sientan las dos en la marquesita.*) Yo, hasta ahora, no había querido decir á usted una palabra, suponiendo que en vista de mi actitud, ese necio desistiría de sus persecuciones. Pero, nada. Sigue cada vez con más audacia.

DOL. Sigue.

MAG. Sí, señora, sigue.

DOL. Digo, que sigas tú.

MAG. ¡Ah, ya!... ¿Sabe usted por qué despedí anteayer á la doncella?

DOL. Me dijiste que por holgazana.

MAG. Pues, no, señora. La despedí porque tuvo el atrevimiento de traerme dos veces flores y cartitas de ese caballero.

DOL. ¡Qué osadía!

MAG. ¿Recuerda usted la última vez que estu-

vimos en el teatro, que al acabar el segundo acto hice que nos viniéramos á casa?

DOL. Sí que lo recuerdo.

MAG. ¿Sabe usted por qué fué?

DOL. Porque te entró la jaqueca.

MAG. ¡Justo! La jaqueca era ese caballerete, que desde las butacas, y llamando la atención, no cesaba de asestarme los gemelos.

DOL. ¡Ya!

MAG. En todas partes me lo encuentro. En los teatros, en los paseos, en el tranvía... y estoy temblando que Manuel llegue á advertirlo, y tengamos el primer disgusto por culpa de ese títere. Ya sabe usted que mi marido no es celoso, pero...

DOL. Nada, nada. Hay que castigar á ese imprudente, para que no vuelva á molestarte.

MAG. ¿Y de qué modo? Le advierto á usted que se trata de un hombre atrevidísimo. En la primera carta, que yo leí sin sospechar lo que era, me pedía una cita, indicándome que la señal de concedérsela sería colgar una toalla en ese balcón.

DOL. Colgar una toalla, ¿eh? A él sí que hacía falta colgarlo... ¿Conque, una cita en la primera carta? Pues, ¿qué te pedía en la segunda?

MAG. La rompí sin leerla.

DOL. ¡Muy bien hecho! Pero yo soy más curiosa. Yo la hubiera leído.

MAG. Le digo á usted que el tal hombre me ataca los nervios. Me he visto precisada á dar la vuelta, porque tuvo el atrevimiento de querer acompañarme.

DOL. Pero, ¿no le has soltado cuatro frescas?

MAG. ¡Qué le había de soltar! Todo lo que he hecho ha sido ponerme muy sofocada, muy nerviosa y meterme en el portal apresuradamente, diciéndole: «Beso á usted la mano,» y echando á correr escalera arriba. Pues él se quedó todavía en la puerta viéndome subir.

DOL. (Indignada.) ¡Contigo se atreverán esos Tenorios callejeros! ¿A que no se atreven conmigo? (Se levantan las dos.)

MAG. Naturalmente.

DOL. Tienes razón. Yo no estoy ya para que nadie se me atreva; pero cuando tenía tu edad, y bastante tiempo después, me ví muchas veces asediada por esos moscones. Recuerdo uno que se me acercó en la calle y se empeñó en acompañarme. Yo volvía de compras y llevaba un gran envoltorio. Escuché sonriente los piropos y tonterías que me dijo.—«¡Es usted, encantadora!—Gracias.—¿Me permite usted que la acompañe?—Haga usted lo que guste.—¡Me hace usted feliz!—¡Lo celebro mucho!—¿Puedo saber dónde usted vive?—Ahora lo verá usted.—¿Me permite usted que le lleve el lío?—¡Tómelo usted!—¡Ah, señora!—¡Ah, caballero!» Siguió él cada vez más acaramelado, y yo cada vez más expresiva; hasta que llegamos á casa. Me detuve en la puerta, le cogí el envoltorio y le puse una peseta en la mano.—«¡Señora! ¿qué es esto? me dijo con asombro.—¡Eso es el viaje! Es lo que yo pago siempre á los mozos de cordel.» Solté una carcajada, dí media vuelta y dejé á mi hombre, que era bastante chato, con tres palmos de narices.

MAG. Para eso se necesita tener el caracter de usted, que todo lo echa á broma.

DOL. Desengáñate, Magdalena. La tontería es tomar estas cosas en serio. Tranquilízate, y si continúa persiguiéndote, avísame, que á ese yo me encargo de darle un disgusto muy gordo.

MAG. No conseguirá usted que me deje en paz. Por lo visto, es un hombre que no tiene nada que hacer y se pasa todo el día rondándome la casa; y como por esta calle transita poca gente, acabará por llamar la atención de la vecindad, si es que ya no la ha llamado.

DOL. Hija, yo no he notado nada...

MAG. ¡Claro! Como usted no se asoma nunca al balcón, y apenas sale de casa, no lo ha visto, pero de seguro que ahí está todavía. (Yendo

al balcón.) ¿No lo dije? ¡Allí le tiene usted!

DOL. A ver... á ver. (Acercándose.) (1)

MAG. Cuidado, no vaya á notar...

DOL. (Mirando con cuidado para que no la vean.) ¿Es aquel del gabancito corto?

MAG. ¡El mismo!

DOL. ¡Calle! ¡Sí, es él!

MAG. ¿Quién?

DOL. No sé cómo se llama, pero le conozco.

MAG. ¿De veras?

DOL. ¡Ya lo creo!

MAG. Conque ¿se conocen ustedes?

DOL. El á mí no, pero yo á él perfectamente. Es el mismo que el verano pasado estuvo haciendo el oso á mi sobrina.

MAG. ¿A cuál?

DOL. A Mercedes, á la esposa del doctor Ramírez. Por lo visto se dedica á las casadas.

MAG. Sí, por lo visto.

DOL. No puedes figurarte los conflictos en que puso á mi pobre sobrina.

MAG. Lo comprendo. Es un hombre capaz de comprometer á cualquiera.

DOL. Yo fuí la encargada de ahuyentarlo.

MAG. ¿De veras? ¿Y qué hizo usted?

DOL. Pues, casi nada; lo primero que se me ocurrió. Una noche que él estaba pasea que te pasea por debajo de los balcones, me contó mi sobrina lo que ocurría, y yo, sin encomendarme á Dios ni al diablo, me asomé y ¡zás! le tiré á la cabeza un tiesto de albahaca. ¡No lo maté de milagro!

MAG. ¡Qué atrocidad!

DOL. Pues, mira, el remedio fué eficacísimo. ¿No tienes por ahí algún tiesto?

MAG. Felizmente, no, porque el recurso me parece un poco violento.

DOL. Ya sabes tú cómo yo las gasto.

MAG. ¡Ya, ya!

DOL. Te aseguro que cuando veo un joven haciendo el amor á una muchacha soltera, estoy en mis glorias, y por favorecer á los

---

(1) Magdalena, Dolores.

amantes sería capaz hasta de hacer un papel poco airoso; pero cuando se trata de un hombre que se propone turbar la paz de un matrimonio, créelo Magdalena, me parecen pocos todos los tiestos de todos los balcones de todo Madrid.

MAG. La culpa de esto la tiene Manuel, por su pícara afición á la caza. Si no se ausentara con tanta frecuencia, no me vería yo precisada á salir sola á la calle, y no tendría estos disgustos y esta intranquilidad, y este desasosiego... Mire usted, mire usted, cómo estoy.

DOL. ¡Jesús! Tienes las manos heladas y la frente ardiendo. Toma un poquito de tila.

MAG. No, no. Si usted me lo permite, voy á echarme un rato sobre la cama, á ver si se me pasa esta excitación.

DOL. Sí, hija, sí; pues no faltaba más. Mientras tú descansas voy á la cocina, que ya estarán esperándome los pichones.

MAG. Pues hasta luego.

DOL. Adiós, hija mía. (La acompaña hasta la puerta primera derecha.) Procura dormir un poco, á ver si te alivias.

ESCENA VII

DOÑA DOLORES, sola

¡Mire usted que tiene gracia que por un botarate así vaya á tomarse un disgusto esta pobre muchacha! (Yendo al balcón y mirando á la calle.) ¡Y que allí sigue! ¡Y siempre mirando á los balcones! ¡El hombre es posma como él solo! (Pausa corta.) ¡Si yo pudiera escarmentarlo de una vez!... Haría un favor á Magdalena... ¡Sí, señor!... ¡Es la ocasión más oportuna! Ahora que nuestros maridos no están en Madrid, no hay peligro ninguno... ¡Eso es! ¡Te vas á divertir, monicaco! ¿Deseabas una cita, eh? Vas á tenerla ahora mismo... Veremos si se atreve... Voy por la toalla. (Vase, puerta segunda izquierda.)

ESCENA VIII

SERAFINA, luego DOÑA DOLORES

SER. (Que sale de la primera derecha.) ¡Vaya! ¡También esta padece de jaquecas! ¡Qué mal andan las cabezas de todas las señoras de Madrid! (Vá á entrar por la segunda izquierda, y tropieza con doña Dolores, que sale con la toalla.) ¡Ay, usted perdone!

DOL. No hay de qué.

SER. ¿Deseaba usted algo?

DOL. No, nada... Diga usted á la cocinera que allá voy, que lo tenga todo dispuesto... ¡Ande usted, ande usted!... Ayúdela á moldear la pasta... ¡Vamos, vaya usted!

SER. (Muy afable.) Voy, señora, voy... (Vase, por el foro izquierda.)

ESCENA IX

DOÑA DOLORES, sola

¡Ea! Manos á la obra.—Mi plán es el único para castigar su atrevimiento. (Llega al balcón y lo abre.) Pondremos el cebo, á ver si pica el pez. (Cuelga la toalla, recatándose todo lo posible.) ¡No la ha visto!... (Saca el brazo por el balcón y le llama.) Ya la ha visto.—¡Ya pica! ¡Ya pica! —Parece que duda... Se dirige hacia acá... ¡Tragó el anzuelo! (Se retira del balcón.) Ahora sólo falta que Magdalena se incomode. ¡Pero, no! ¿Por qué ha de incomodarse? Hecho por ella no estaría bien, pero por mí es muy diferente.—Abriré yo misma la puerta, antes de que llame. Así no se enteran los criados. Y la facha me favorece... (Arremangándose los brazos.) Ahora vá á pagar juntas todas las que ha hecho... ¡Lo de esta y lo de mi sobrina, y lo de sabe Dios cuántas más! (Vase corriendo por el foro derecha, y vuelve en seguida con Floro.)

ESCENA X

DOÑA DOLORES y FLORO, que viste elengantísimo, pero exajerada la última moda y que habla con marcado acento americano

DOL. Pase usted, pase usted, por aquí.

FLORO (Estoy sorprendido. No esperé conseguirlo tan pronto.)

DOL. Tome usted asiento. (Cierra la puerta del foro, y se dirige en seguida á cerrar la primera de la derecha.)

FLORO Pero...

DOL. No tenga usted cuidado. (Se sienta Floro al lado del velador, dejando sobre éste el sombrero.) El señorito está fuera de Madrid, y no volverá en dos ó tres días. (1.)

FLORO Sí, eso ya lo sabía por la portera, que la tengo de mi parte.

DOL. ¿Sí... eh?

FLORO ¡Por completo!

DOL. (Me alegro de saberlo.—Mañana la despido.)

FLORO ¿Usted es la donsella nueva?

DOL. No, señor; soy la vieja.

FLORO ¿Cómo?

DOL. He venido en lugar de la que han echado, pero yo había servido en la casa hace bastantes años. Fuí... nodriza de la señorita.

FLORO ¡Ya! ¿Y se ha quedado usted de *chichígua!*

DOL. ¿Cómo?

FLORO ¡De ama seca!

DOL. Completamente seca. La señorita tiene en mí toda su confianza, y me ha dicho que usted la persigue sin descanso.

FLORO Eso es, sin descanso; yo en estas cosas soy infatigable.

DOL. Pues hoy ha venido incomodadísima con usted.

FLORO Entonses no comprendo cómo ha sido hoy cuando ha hecho la seña que yo la había indicado. (Se levanta.)

---

(1) Floro y Dolores.

DOL. Porque lo que á ella le incomoda, no es que usted la pretenda.

FLORO ¿Cómo?

DOL. Sino que lo haga usted de un modo tan descarado; vamos, con tan poca vergüenza. ¡Porque, cuidado que tiene usted poca vergüenza! (Dándole intención.)

FLORO Muy poquita. Yo soy así.

DOL. Mi señorita, lo que teme, es que se entere alguien.

FLORO ¡Ah, vamos!

DOL. Para estas cosas, se necesita mucha reserva. ¿Comprende usted?

FLORO ¿Y cómo no? Estoy al cabo de la calle.

DOL. Bueno; esté usted al cabo de la calle, pero no en la acera de enfrente.

FLORO Quiero desir que ya lo había comprendido.

DOL. Sí, yo también le he comprendido á usted.

FLORO ¡Me hase usted dichoso! Yo sabré corresponder á los servisios que usted me presta. Porque le advierto que yo soy muy pródigo, y cuando llega la ocasión se tirar el *pisto*...

DOL. ¿Cómo?

FLORO ¡La plata! ¡El dinero!

DOL. (¿A que me dá una propina?)

FLORO ¿Quedamos en que el marido no está en Madrid?

DOL. No, señor.

FLORO ¿Y es sierto que ese caballero sale con mucha frecuensia de *casa?*

DOL. No; cuando está aquí, apenas si sale de casa.

FLORO ¡No digo de casa; de casa!

DOL. Bueno, pues, de casa.

FLORO De casa... de conejos y de esos bichitos...

DOL. ¡Ah! De caza. (Marcando mucho la zeda.) ¡Tiene usted una manera de hablar que...

FLORO Es el asento de mi país.

DOL. ¿Usted es americano?

FLORO Sí que lo soy.

DOL. ¿Cubanito?

FLORO No, señor. Soy de Guatemala.

DOL. ¡Ah! ¿Es usted guatemalo? ¡Pero muy malo!

FLORO Allá nos llamamos guatemaltecos. Yo soy de Sacatepéquez.

DOL. ¿Sacate... qué?

FLORO Sacatepéquez; un departamento. Mi familia está en muy buena posisión. Nuestro papá nos dejó una fortuna en Jalapa.

DOL. ¿Era boticario?

FLORO No; Jalapa es otro departamento.

DOL. ¡Ya!

FLORO Y tenemos propiedades en casi toda la república. En Chimaltenango, [illegible], Cacatepec, Cuajiniquilapa y Totonicapán.

DOL. ¡Saracatapún! ¡Qué nombres tan dificultosos usan ustedes por allá!

FLORO Sí que lo son; pero aquella tierra es una delisia, un paraiso.

DOL. Hombre, ¿y por qué se ha venido usted?

FLORO Porque tuve que salir á causa de un duelo.

DOL. ¡Qué lástima! ¿Se le murió á usted alguno de la familia?

FLORO No; un duelo á pistola con un esposo ofendido.

DOL. ¡Ah! Por lo visto, ¿también se dedicaba usted á esto en *Saracatepeque*?

FLORO Y en todas partes.

DOL. (Algo asustada.) ¿Y mató usted al marido?

FLORO No; por eso me escapé, para no matarlo y no tener siempre ese remordimiento.

DOL. ¡Ah, ya!... Pues aquí eso es lo único temible.

FLORO ¿Qué?

DOL. El marido.

FLORO ¿Sí, eh? (Con temor.)

DOL. ¡Oh!... ¡Es una fiera!

FLORO ¿Es seloso?

DOL. No; el *oso* es usted.

FLORO ¿Cómo?

DOL. Aquí llamamos *oso* al que hace el amor desde la acera.

FLORO Allí los llamamos *aplanacalles;* pero lo que yo pregunto es si el marido tiene selos.

DOL. ¿Celos? De su propia sombra. ¡Unos celos horribles! Siempre le está diciendo á la señorita: «¡Al primero que se atreva á mirarte, le meto una bala en el cuerpo!»

FLORO ¡Caramelo!

DOL. Y lo hace, porque como es cazador, tiene una puntería...

FLORO ¿Sí, eh?

DOL. No quiero pensar lo que haría con usted, si llegase á encontrarle aquí.

FLORO Bien... pero, ¿no dise usted que no volverá en tres ó cuatro días?

DOL. Eso, por lo menos.

FLORO (Tranquilizándose.) Entonses... debemos estar tranquilos.

DOL. ¡Completamente!

FLORO Yo, la verdad, sentiría mucho tener que verme alguna ves cara á cara con ese hombre...

DOL. ¡Lo creo!

FLORO No por mí, porque usted no sabe quién soy yo. ¡Yo soy atros!... ¡Yo no me acobardo por nada!

DOL. ¿No, eh?

FLORO ¡Por nada!... ¡Lo sentiría por él!

DOL. ¡Ah!... Claro.

FLORO Figúrese usted que yo lo matara...

DOL. Sí... Tendría usted siempre ese remordimiento.

FLORO Eso es. Usted me conose.

DOL. ¿Que si le conozco á usted? ¡Ya lo creo! (Ahora lo verás.) Voy á llamar á la señorita.

FLORO ¡Sí, sí, que venga lueguito, lueguito!

DOL. ¡Tenga usted *pasiensia!* (En el mismo tono que él.) ¿Lo ve usted? Ya se me ha pegado el acento. (Vase por el foro y vuelve luego.)

ESCENA XI

FLORO, solo

Pues, señor, estoy vanidosillo de mí mismo. Esta conquista es de las que acreditan á cualquiera. Una mujer joven, bonita y casada... ¿Qué más puede uno apeteser?

ESCENA XII

DICHO y DOÑA DOLORES

DOL. (Que entra precipitadamente y como aterrada.) ¡Ay caballero!... ¡Ay, caballero!
FLORO (Alarmado.) ¿Qué pasa?
DOL. ¡Estamos perdidos!
FLORO ¿Cómo?
DOL. ¡El marido acaba de llegar!
FLORO ¡Caramelo! (Cogiendo el sombrero.)
DOL. ¡Y trae la escopeta!
FLORO ¡Caramelito! (Poniéndose el sombrero.)
DOL. Si lo pilla á usted aquí lo mata y la mata á á ella y me mata á mí. ¡Nos mata á todos!
FLORO ¿Y dónde me mato, digo, me meto?
DOL. ¡Por Dios, ocúltese usted pronto!
FLORO ¡A escape! (Se dirige a la puerta primera derecha.)
DOL. ¡No, ahí no!
FLORO ¡Aquí! (Corre hacia la izquierda.)
DOL. ¡Ahí tampoco!
FLORO Pues, ¿dónde?
DOL. ¡Venga usted acá! ¡No hay otro remedio! (Abre el ropero.) ¡Métase usted ahí!
FLORO Aquí no hay salida.
DOL. (Pues, por eso.)
FLORO Pero...
DOL. ¡Adentro! Y cállese usted. (Lo empuja y cierra el ropero echando la llave, que se guardará.) ¡Ajajá!.. (Riéndose muy satisfecha.) Ahí te vas á pasar tres ó cuatro horas. Las bromas, pesadas, ó no darlas. (Procurando contener la risa.) Creo que Magdalena no se incomodará por lo que acabo de hacer. ¡Esta es la valentía de los Tenorios! En cuanto le dije que estaba ahí el marido, ya no encontraba dónde meterse. Pues, hijo mío, lo que es el susto, te lo pasas. (Campanilla.) Luego, ya te diré yo lo que viene al caso.
PED. (Dentro.) Sí, señor. Aquí está también doña Dolores.
DOL. ¿Eh?

SIL. (Idem.) ¡A ver! ¿Por dónde anda esa gente?
DOL. ¡Jesús! ¡Ellos!
SIL. (Idem.) ¡Dolores!
DOL. ¡Dios mío! ¡Qué compromiso!
MAN. (Idem.) ¡Magdalena!

ESCENA XIII

DOÑA DOLORES, DON SILVERIO y MANUEL, los dos en traje de caza, seguidos de PEDRO que sujeta al perro. Después MAGDALENA

SIL. (Entrando.) ¡Ah! ¿Estás aquí?
DOL. Sí, sí... aquí estoy.
MAN. Señora, ¿qué tal? (Dejando en el suelo las piezas cobradas.)
DOL. Muy bien... muy bien... ¿Y usted?
SIL. ¿De seguro que no nos esperabáis? (Dejan las escopetas al lado de la chimenea.)
DOL. ¿Qué habíamos de esperar?...
MAN. ¿Y Magdalena?
DOL. Pues... allá adentro... Ahí está. (Viendo á Magdalena.)
MAG. ¡Hola! ¿Ustedes por aquí? ¡Cuánto me alegro!
MAN. ¿Qué tal, hija mía? (La abraza.)
MAG. Ya estoy bien. Me dolía un poquito la cabeza, pero se me ha pasado. ¿Y á ustedes, cómo les ha ido por el campo?
MAN. Perfectamente.
SIL. Así, así.
MAG. ¿En qué quedamos?
SIL. Pues quedamos en que yo me he aburrido muchísimo.
MAN. Por eso nos hemos vuelto.
MAG. ¿Y no han cazado ustedes nada?
MAN. Sí, mujer. (Cogiendo las piezas.) No se ha perdido el tiempo. Mira. Dos liebres y cuatro conejos. Toma (A Pedro.) llévate eso á la cocina. (Vase Pedro con el perro.)
MAG. Pues han matado ustedes bastante (1).
SIL. Nó; yo no; este. Yo no he matado nada.

---

(1) Magdalena, Manuel, don Silverio, Dolores.

Traigo mi conciencia completamente tranquila.

MAN. Y eso que le dejé la gran escopeta. Un sistema modernísimo. Un arma que mata sola.

SIL. Pues, conmigo, ni sola ni acompañada. Me ponen nervioso las armas de fuego. No lo puedo remediar.

MAG. ¿De manera que se ha venido usted sin disparar un tiro? (A don Silverio.)

MAN. No; disparó uno.

MAG. ¿Y qué?

SIL. Que por poco mato á un pastor.

MAG. ¡Qué barbaridad!

SIL. Eso dije yo. Es una barbaridad que la gente del campo use gorra de piel. El hombre andaba por detrás de unos matorrales. Yo vi una cosa de pelo que se movía, y ¡pum!... Si llego á tener la puntería de este, lo dejo en el sitio... En fin, que no me divierte la caza.

MAN. Ya se irá usted acostumbrando.

SIL. ¡Quiá! Cualquier día vuelves á cogerme para una expedición de esta clase. Gracias á que íbamos solos, si no hubiera hecho un papel ridículo. Todo el día de Dios anda que te anda, sudando á mares, á pesar del frío, y cargado con la escopeta, que sólo me ha servido de estorbo.

MAN. Porque no aprovecha usted las ocasiones. Ayer tarde cuando le grité: «¡Ahí va la liebre!» pudo usted haberla matado; pero no quiso usted seguirla.

MAG. ¡Claro, don Silverio! Ya sabe usted el refrán. El que la sigue, la mata. (Riendo.)

SIL. No lo creas. El que la sigue, se fatiga. Cuando iba por el campo, con el perro delante, y muy decidido á cazar algo, el animalito no cesaba de mover la cola así (Moviendo el índice de la mano derecha de un lado á otro y en sentido vertical.) como diciendo: ¿A qué no? ¿A qué no? Y efectivamente, tenía razón el perro.

MAN. ¡Qué cosas tiene su marido de usted! (A Dolores.)

DOL. Ya, ya (Preocupada.) ¡Ay! (Suspirando.)

MAG. ¿Qué es eso? ¿Está usted mala, Dolores?

SIL. Es verdad. Tú tan callada... Es muy extraño.
DOL. No me encuentro bien.
SIL. ¿Qué tienes?
DOL. Me duele la cabeza.
SIL. Pues, anda, vámonos á casa, si quieres.
DOL. ¡No! Yo no puedo marcharme de aquí.
SIL. ¿Por qué?
DOL. Por... porque...
MAG. Lo dice sin duda porque hoy está de cocinera.
DOL. Sí, eso es.
MAN. ¡Ah! ¡Sí! Ya la veo á usted muy armada de delantal.
MAG. Se ha empeñado en hacernos un pastel de pichones.
DOL. (¡No es mal pastel el que acabo de hacer!)
MAG. Pues si le duele á usted la cabeza, no le consiento que vaya á acercarse á la lumbre.
MAN. ¡No faltaba más!
MAG. Iré yo, y la cocinera se encargará de todo.
DOL. Sí, que se encargue. Llévate eso. (Dándole el delantal.) No estoy yo ahora para pasteles.
MAG. Voy en seguida.
MAN. Dí que traigan luces. (Vase Magdalena por el foro izquierda.)

ESCENA XIV

DICHOS, menos MAGDALENA, luego SERAFINA con un quinqué

SIL. ¿Te sientes de veras mal, monina? (1).
DOL. Ay, déjame, monín.
MAN. ¿De modo que usted iba á cenar con Magdalena? (2).
DOL. Sí, pensábamos cenar juntas.
MAN. Pues se quedan ustedes, y cenaremos los cuatro reunidos. Yo no pienso salir de casa esta noche.
DOL. (¡Pues es lo que faltaba!)

---

(1) Manuel, don Silverio, Dolores.
(2) Don Silverio, Manuel, Dolores.

SIL. ¡Aprobado! Nos comeremos el pastel de pichones. Esta hace muy bien todo lo de repostería; pero su especialidad son los emparedados.

DOL. Sí. (¡Los emparedados! (Mirando al ropero.) ¡Esa es mi especialidad.)

SER. Buenas noches. (Con el quinqué y adelantándose casi hasta el proscenio.) (1).

MAN. Felices.

SIL. (¡Caramba! ¡Qué chica tan guapa!)

SER. ¿Dónde coloco el quinqué?

MAN. Ahí, sobre la chimenea. (Aparte á Dolores.) ¿Doncella nueva, eh?

DOL. Sí, ha entrado esta mañana.

SIL. (¡Qué cuerpo tiene la chiquilla!) (Serafina coloca el quinqué sobre la repisa de la chimenea, y vase por el foro izquierda.)

MAN. (A don Silverio que ha seguido con la vista á Serafina.) ¿Es guapita la muchacha esta, verdad? (Sin intención.)

SIL. ¡No he reparado! (Con fingida indiferencia.) Como en casa tenemos siempre unas criadas tan feas... no me fijo...

DOL. A mí no me gustan las criadas bonitas

SIL. (¡A mí sí!)

DOL. (¡Pero, Dios mío! ¡Cómo voy yo á sacar á ese hombre!)

ESCENA XV

DICHOS y MAGDALENA

MAG. Ea, Dolores, ya puede usted estar tranquila.

DOL. ¿Cómo? (2).

MAG. El pastel está metido en el horno. La cocinera lo sacará.

DOL. (¡Dichosa ella que puede sacarlo!)

MAN. Hemos decidido cenar juntos los cuatro.

MAG. Me parece muy bien.

SIL. Yo voy antes á mudarme de ropa. Estos

---

(1) Serafina, don Silverio, Manuel y Dolores.

(2) Don Silverio, Magdalena, Manuel y Dolores.

arreos de caza me molestan mucho. ¿Vienes, Dolores?

DOL. No, después... después iré.

SIL. Pues, hasta luego.

MAG. Adiós, don Silverio. (Vase por el foro don Silverio.)

MAN. Yo también, con permiso de usted, voy á desnudarme.

DOL. Sí, sí, vaya usted. (Vase Manuel por la primera derecha.)

ESCENA XVI

MAGDALENA y DOÑA DOLORES. Luego SERAFINA

DOL. (¡No hay más remedio! Yo le digo á ésta lo que pasa. Ha sido una imprudencia horrorosa. Se va á incomodar, de seguro; pero si Manuel se entera, es peor, porque ¿cómo le convencemos de que esta infeliz no sabía nada? Se pondrá furioso y es capáz de matar á ese hombre. ¡Por mi culpa vamos á tener aquí una catástrofe!)

MAG. (Que vuelve del balcón por donde ha estado mirando.) ¡Ay, gracias á Dios! (Campanilla. Serafina cruza por el foro hacia la derecha.)

DOL. ¿Qué? (1).

MAG. Que ya no está en la calle ese mamarracho.

DOL. ¡Ojalá estuviera!

MAG. ¿Cómo?

DOL. (¡Sí! ¡Yo se lo digo!) Oye, Magdalena; oye, hija mía... (Abrazándola.)

SER. ¡Señorita!... (Por el foro derecha.)

MAG. ¿Qué?

SER. Los señores de Rodríguez preguntan por ustedes.

MAG. ¿Rodríguez? No recuerdo...

SER. Dicen que vienen de Trujillo.

MAG. ¡Ah, sí! ¡Doña Paquita! Que pasen, que pasen... (Yendo hacia el foro.)

---

(1) Dolores y Magdalena.

DOL. ¡Sí, sí! Que pasen á la sala. (Así tendré ocasión...)

MAG. ¡Qué á la sala! Que pasen aquí. ¡Si son de mucha confianza! (Desde el foro.) ¡Doña Paquita! ¡Señor Rodríguez! ¡Adelante!

PACA (Dentro.) ¡Magdalena!

DOL. (¡Nada! ¡Que no saco al de Sacatepéquez!)

ESCENA XVII

MAGDALENA, DOÑA DOLORES, DOÑA PACA, RODRÍGUEZ y PILAR

MAG. ¡Tanto bueno por Madrid!

PACA ¿Qué tal, hija mía? (Se abrazan.)

MAG. Muy bien. ¿Y usted, señor Rodríguez?

ROD. Bien, gracias.

MAG. ¿Y Pilarcita? (La besa.) ¡Jesús! ¡Qué crecida está! ¡Si no la hubiera conocido! (1).

PACA ¡Cómo que hace ya seis años que no nos vemos!

MAG. ¡Es verdad! ¡Cómo pasa el tiempo!

PACA Desde vuestra boda no habéis querido volver por Trujillo.

ROD. ¿Y tu marido, por dónde anda?

MAG. En su habitación. En seguida saldrá. ¡Ah! (Reparando en que no ha hecho la presentación.) Los señores de Rodríguez, paisanos de Manuel y amigos de toda la vida. La señora de Rivera, dueña de esta finca, vecina del entresuelo de al lado y una de mis mejores amigas.

ROD. Servidor...

PACA Tenemos tanto gusto...

DOL. El gusto es mío.

MAG. Pero tomen ustedes asiento. Siéntese usted, Dolores. ¡Ah! (Viendo á Manuel que sale.) ¡Manuel, mira á quién tienes aquí!

---

(1) Dolores, Pilar, Rodríguez, Doña Paca y Magdalena.

ESCENA XVIII

DICHOS y MANUEL, de batín y zapatillas

MAN. ¡Señor de Rodríguez!
ROD. ¡Manolito! (Se abrazan.) ¡Un abrazo! (2).
MAN. ¡Qué sorpresa tan agradable! ¡Doña Paquita!
PACA ¡Hola, ingratón!
MAN. ¿Y esta es... aquella chiquilla?
PILAR Servidora de usted.
MAN. ¡Qué estirón ha dado! ¡Y está muy buena! De pequeña era muy delicaducha.
PACA Sí, se ha puesto muy bien, gracias á Dios.
ROD. Gracias á Dios y al aceite de hígado de bacalao.
MAN. Pero, siéntense ustedes.
ROD. Sentémonos; siéntate, Paca. (Se sientan: doña Dolores á la derecha del velador, Pilar á la izquierda, Manuel y Rodríguez en dos sillas volantes y doña Paca y Magdalena en la marquesita.)
MAG. Supongo que no vendrán ustedes con prisa.
PACA Ninguna. Ya hemos comido y pensamos haceros la visita hasta las once de la noche.
DOL. (¡Dios mío de mi alma!)
PACA Es decir, si no estorbamos.
DOL. ¡Quiá! (Durante la escena dará muestras de gran inquietud, suspirando varias veces.)
MAG. ¿Estorbar ustedes? ¡Pues no faltaba más! Quítense ustedes los sombreros.
PACA Sí, tienes razón.
ROD. Descúbrete, niña.
MAN. Conque, amigo Rodríguez, ¿cómo ustedes por Madrid?
ROD. Pues llegamos anoche y nos marcharemos mañana. Estamos de paso.
MAN. ¿Para dónde?
ROD. Para Italia.
MAG. ¿Es de veras? (A doña Paca, sentándose á su lado, después de haber colocado los sombreros sobre la repisa de la chimenea.)

(2) Dolores, Pilar, Manuel, Rodríguez, doña Paca y Magdalena.

PACA Sí, hija. Ya no somos comerciantes. Nos vamos á Milán.

MAG. ¡Qué determinación tan extraña!

MAN. ¿Y á qué van ustedes allá?

PACA Pero, ¿no sabéis nada?

MAN. ¿De qué?

ROD. Por lo visto, no leen *El Avisador de Trujillo.* (A doña Paquita.)

MAN. No, no lo leemos.

ROD. Así me explico vuestra extrañeza. ¿Ignoráis que en casa teníamos una mina?

MAN. Ya decía yo que aquel comercio debía ser un gran negocio.

ROD. ¡Quiá! La sedería no daba más que para ir viviendo.

MAN. Entonces, ¿cuál es la mina?

ROD. ¡La garganta de esa criatura! (Por Pilar.)

MAN. ¿Cómo?

MAG. ¿Qué?

ROD. Ahí la tenéis: una futura Patti.

MAN. ¿De veras?

MAG. ¿Es posible?

ROD. Como lo oís.

PILAR No tanto, papá.

PACA Sí, hija, sí; una Patti. Ni más ni menos. Esa modestia te perjudica. Tú serás una estrella que brillará esplendorosa en el cielo del arte, como decía tu primo en aquella revista que te dedicó en el periódico.

MAG. ¡Cuánto nos alegramos!

MAN. Pero ¿cómo ha sido el descubrirlo?

PACA Pues verás...

ROD. No. Yo lo contaré. Pilarcita estudiaba música, puramente por adorno, con el organista de la catedral, un gran maestro, según dicen, pero tan torpe que no adivinó lo que la niña tenía oculto.

MAN. Vamos, no dió con la mina.

ROD. Eso es. Por fortuna nuestra, hace cuatro meses llegó á Trujillo una compañía de ópera italiana. Estábamos un día ésta y yo sentados detrás del mostrador, cuando entraron en la tienda dos señores extranjeros, muy finos y con el pelo muy largo. Uno

era el empresario, y otro el director de orquesta. Iban á comprar raso blanco para el traje de la tiple de *Los Hugonotes*. Veintidós varas, á trece cincuenta...

PACA Eso no es del caso.

ROD. Pilarcita estaba arriba haciendo sus labores, y cantando, como siempre. De pronto, al oirla, los dos caballeros se miran asombrados, y uno de ellos pregunta, dirigiéndose á mí...

PACA No, á mí.

ROD. Bueno, dirigiéndose á los dos: «¿Quién es esa *siñorina*, que canta como un *ánchelo*?—Nuestra hija, caballero, dije... dijimos los dos con orgullo.—¡E una tiple de primísimo cartelo!» ¡Parece que le estoy oyendo!

PACA ¡Y yo!

ROD. Les hicimos subir; la oyeron cantar al piano; se quedaron con la boca abierta, y nos comprometieron á que la niña tomase parte en el beneficio del director de orquesta. El se encargó de darle unas cuantas lecciones.

PACA A cincuenta pesetas cada una.

ROD. ¡Baratísimas! Llegó el día señalado, y nuestra hija se presentó en la escena, ante un público brillantísimo, para cantar el *Rondó de Lucía.*

PACA ¡Estaba preciosa!

PILAR No tanto, mamá.

ROD. Sí, hija, sí.

PACA Vestida de blanco, y con el pelo suelto, era enteramente una loca.

ROD. Ya lo decía todo el público: ¡Qué locura la de esa niña! ¡Qué locura!

MAN. Lo creo, lo creo.

PACA Tuvo una ovación estrepitosa: ¡bravos, palmadas!...

ROD. ¡Y dos coronas!

MAN. ¡Hola!

ROD. Una de esta y otra mía.

MAN. Nada más natural.

PACA Al día siguiente todos los periódicos de la localidad se deshicieron en elogios. Saca,

saca el cuaderno en que tienes pegados los sueltos, para que los lean.

MAG. No, no hace falta.

MAN. Nos lo figuramos.

PACA Ya ves tú si en Trujillo habrán cantado tiples de primer orden; pues de ninguna ha dicho la prensa lo que de Pilarcita. Por eso, siguiendo el consejo de todas las personas inteligentes, traspasamos nuestra tienda, y dijimos: ¡A Italia! ¡A Italia! ¡A que vuele la niña! En Trujillo era imposible completar su educación artística.

ROD. Y además, como allí los embutidos son tan picantes, siempre había el temor de que á la chica se le estropease la garganta.

MAN. Sí que sería lástima.

ROD. No tienes idea de cómo canta esta criatura. ¡Hace unos gorgoritos!

PILAR Trinos, papá.

ROD. Eso es, trinos.

PACA Nosotros gozamos haciéndola trinar.

ROD. ¡Y como *afila* las notas! (Entonando una nota aguda y prolongándola.) Acaban en punta.

PACA Se sabe ya de memoria *La Sonámbula*, la *Linda*, los *Puritanos*... ¡qué se yo!

ROD. Como que se pasa todo el día con las óperas en la mano. Es una afición decidida. La otra noche...

PILAR ¡Papá!..

ROD. Calla, tonta.—La otra noche, cuando creíamos que estaba durmiendo, la sorprendimos esta y yo sentada en la cama con *El Barbero*.

MAN. ¿Eh?

ROD. *El Barbero de Sevilla.*

MAN. ¡Ah!

ROD. Es la obra que más le entusiasma.

MAG. Eso prueba su buen gusto.

MAN. Pero, vamos á ver, amigo Rodríguez. ¿Ustedes han pensado bien lo grave de esa resolución? Dejar lo cierto por lo dudoso...

PACA ¿Cómo dudoso?

ROD. ¡Si es un negocio segurísimo! Como que nuestra hija, antes de dos años, no abrirá

la boca por menos de cinco mil pesetas cada noche.

MAN. (¡Qué ilusiones!) Bueno, bueno. Nosotros celebraremos mucho que se realicen las aspiraciones de ustedes.

ROD. ¿Pero tú lo dudas? Bien se conoce que no has oído todavía á esta *diva* del porvenir; pero ahora la oirás, porque supongo que tendréis piano.

MAG. Sí, tengo un Erard de media cola.

PACA Pues vamos á que cante.

DOL. ¡Sí! ¡A la sala! (Levantándose la primera.) ¡A la sala! (¡A ver si por fin!...)

PACA Escoge una pieza cualquiera de esas que acabamos de comprar. (1)

ROD. Me gasto un dineral en música.

PILAR Estas son canciones de concierto. Sencillas, pero muy bonitas. (Deslía un gran rollo de piezas de música.)

ESCENA XVIII

DICHOS y DON SILVERIO de bata, gorro y zapatillas

SIL. ¡Ea! ¡A comer! ¡A comer! ¡Ah! ¡Ustedes dispensen... No sabía...

MAN. ¡Adelante, don Silverio! El vecino de al lado, esposo de esta señora. (2)

ROD. Muy señor mío.

MAN. Los señores de Rodríguez, íntimos amigos nuestros, que acaban de llegar de Trujillo.

SIL. ¡Hombre! De Trujillo. Allí tengo yo un amigo de la infancia, que es abogado. Don Roque Barcenilla.

ROD. ¡Ah! ¡Le conocíamos mucho!

PACA ¡Ya lo creo! ¡Pobre don Roque!

SIL. ¡Qué! ¿Se ha muerto?

ROD. Pero, ¿no sabe usted lo que sucedió?

---

(1) Dolores, Pilar, Magdalena, Manuel, Rodriguez, doña Paca.

(2) Dolores, Magdalena, Pilar (en segundo término), Manuel, don Silverio, Rodriguez, doña Paca.

SIL. ¡Ni una palabra!
ROD. Pues el infeliz sorprendió en su casa á un amante de su mujer.
DOL. (¡Eh!)
ROD. ¡Y se pegó un tiro!
SIL. ¡Pobre Roque! ¡Lo comprendo!
MAN. ¡Pues, yo no! Comprendo que hubiera pegado un tiro á su mujer... y otro á su amante! pero matarse él, no me lo explico.
MAG. (¡Eh! ¿Qué tal? ¡Si Manuel supiera lo de ese títere!) (Aparte á Dolores.)
DOL. (¡Pues si él supiera que lo tiene ahí!)
SIL. ¡Caramba, hombre! Me han dejado ustedes sorprendido.
MAG. ¡Vaya! ¡Vaya! No hablemos de cosas tristes y vamos á oir cantar á Pilarcita.
SIL. ¡Qué! ¿Esta señorita canta?
PILAR Sí, señor.
SIL. ¿Y qué va á ser? ¿Algún tango, alguna malagueña? A mí me gustan las cosas alegres.
ROD. No, á esta le da siempre por lo serio.
PILAR Elegiré una de estas piezas: «*El canto de Ultratumba.*» «*Vorrei morire.*» «*El muerto de amor.*» «*El último suspiro de un moribundo.*»
PACA ¡Esa es preciosa!
ROD. Cántales, cántales *el suspiro del moribundo.*
SIL. ¡Corriente! Vamos á ayudarle á bien morir. ¡Ah! Ustedes perdonen que mi traje no sea propio de un concierto, pero he querido ponerme cómodo, porque Manolo y yo hemos llegado rendidos de nuestra cacería.
ROD. ¡Ah! ¡Tú sigues con tu afición de siempre! ¿eh? (1)
MAN. ¡Sí! Es lo único que me divierte.
ROD. ¡Qué lástima! Al salir de Trujillo me deshice de una escopeta magnífica que me habían regalado...
MAN. No sería como esta. (Coge la escopeta de dos cañones, que habrá dejado don Silverio.)
ROD. A ver, á ver.

---

(1) Dolores, Magdalena, Pilar, doña Paca, don Silverio, Manuel, Rodriguez.

MAN. Del último sistema.

MAG. ¡Ay! (Asustada al ver la escopeta.)

SIL. ¡Cuidado! ¡Cuidado! (Se retira con las señoras, que habrán formado grupo á la derecha. Dolores en primer término.)

MAG. Por Dios, Manuel, no apuntes hacia aquí.

MAN. ¡No teman ustedes! ¡Está descargada! (Se coloca con Rodríguez en el primer término izquierda, delante de la marquesita.) ¡Vea usted! Calibre ordinario; fuego central, y seguridad completa. (Sale el tiro frente al ropero.)

TODOS ¡Ay!

DOL. ¡Jesús! ¡¡Lo mató!! (Cae desmayada en una silla, junto al velador.)

SIL. ¡Dolores!

PACA ¡Se ha desmayado!

MAG. ¿Ves qué imprudencia?

MAN. ¡Cuánto lo siento! (Se presentan en el foro Serafina y Pedro.)

SIL. ¡Agua!

MAG. ¡Tila!

PACA ¡Azahar!

MAN. ¡Eter!

ROD. ¡Vinagre!

SIL. ¡Desabrochadla! ¡Desabrochadla!

ROD. ¡Sí! ¡Que la desabrochen! (Acercándose.)

SIL. ¡Retírense ustedes! (A Rodriguez y Manuel.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior

ESCENA PRIMERA

MAGDALENA, DOÑA DOLORES, DOÑA PACA, PILAR, DON SILVERIO, MANUEL y RODRÍGUEZ, luego SERAFINA. Al levantarse el telón aparecen todos rodeando á doña Dolores, que vuelve de su desmayo. Don Silverio enfría una taza de tila

DOL. ¡Ay! (Suspirando.)

MAG. ¡Ya vuelve!

MAN. ¡Por fin!

SIL. Toma, toma un poquito de tila.

DOL. ¡Ay! (Otro suspiro.)

PACA ¿Se siente usted mejor?

PIL. ¿Está usted ya bien?

ROD. ¿Se ha pasado ya?

DOL. Sí, sí...

MAN. Usted dispense mi imprudencia; pero yo creí que don Silverio traía descargada su escopeta.

SIL. Perdóname, hija mía. La falta de costumbre... Tranquilízate. El tiro no ha hecho daño á nadie.

DOL. ¿A nadie? (Levantándose inquieta.)

SIL. Ya lo ves. ¡Aquí estamos todos tan sanos y tan buenos!

DOL. Sí, pero el tiro ha dado allí. (Por el ropero.)

SIL. Sí, en el ropero.

MAN. En ningún sitio mejor.

DOL. Pero, ¿la escopeta estaba cargada con bala?

SIL. No, mujer, con perdigones nada más.

MAN. Vea usted; si apenas ha dejado señal. (Mirando la puerta del ropero.)

DOL. (Yendo al ropero precipitada y con gran inquietud.) A ver... á ver... ¡Sí! Es cierto. Apenas se conoce. (Respirando satisfecha.)

SIL. Pero, mujer... ese es un detalle de casera. Con inquilinos como estos no debe uno fijarse en los desperfectos de la finca.

MAN. Yo le hubiera indemnizado á usted. (En broma.)

MAG. ¡Pobre Dolores! De lo que no podrás indemnizarla es del susto que se ha llevado.

DOL. ¡Ay, hija, no lo sabes tú bien!

MAG. Vaya, vaya, pues esto ya pasó. (Se acerca al foro.) ¡Serafina! (Baja.) A tomar esa tila tranquilamente, y en seguida oiremos cantar á Pilarcita.

ROD. Sí; la música la distraerá á usted.

DOL. (¡Para canciones estoy yo!)

SER. ¿Llama la señora?

MAG. Encienda usted la lámpara de la sala y las bujías del piano.

SER. Al momento. (Vase segunda derecha.)

SIL. (¡Pero, qué resaladísima es esta muchacha!) (Por Serafina.)

DOL. Vayan ustedes, vayan ustedes á la sala, que yo iré en cuanto tome la tila.

MAG. Sí, sí, vamos. Pase usted, doña Paca. Anda, Pilarcita. (Vanse segunda derecha.)

MAN. Usted primero, amigo Rodríguez.

ROD. ¡Ya verás, ya verás qué ejecución la de esta chica! (Vanse segunda derecha.)

ESCENA II

DON SILVERIO y DOÑA DOLORES

DOL. (Que no ha separado la vista del ropero, al volverse tropieza con don Silverio, que está á su lado con la taza de tila.) ¡Anda! ¿Qué haces aquí? Vé tú también.

SIL. Mujer... (1)

DOL. No te necesito para nada. (*Coge la taza de tila y la deja sobre el velador.*)

SIL. ¡Pero qué nerviosísima estás! ¡Y qué temblona!

DOL. Naturalmente, el susto... (2)

SIL. No basta la tila para calmar esa excitación. Voy á casa por aquella receta de bromuro y no sé qué más, que me mandó el médico cuando se me cayó encima el chinero del comedor.

DOL. Bien-pensado. Vete á casa por la receta.

SIL. ¿Tú recuerdas dónde la guardé?

DOL. En... en... no lo sé; pero búscala, búscala... (Así tardará más en volver.)

SIL. ¡Demonio de escopetitas! Por algo aborrezco yo las armas de fuego.

DOL. ¡Anda, hombre, anda!

SIL. Voy corriendo. (*Vase por el foro derecha.*)

ESCENA III

DOÑA DOLORES y luego PEDRO

DOL. ¡Gracias á Dios que me dejan sola! Esa Patti de Trujillo ha venido en mi ayuda. Ahora que están entretenidos por allá dentro, voy á sacar á este hombre sin que nadie se entere. (*Se dirige al ropero.*) ¡Dichosa bromita!... (*Mete la llave en la cerradura. A Pedro, que sale de la primera derecha con las botas de Manuel, se le cae una al suelo. Al ruido se asusta doña Dolores.*) ¡Ay!

PED. ¿Qué es eso, señora? ¿No puede usted abrir el ropero? Yo lo haré, si usted quiere.

DOL. No, hombre, no. Déjeme usted en paz.

PED. Usted dispense, señora. (*Vase por el foro izquierda.*)

DOL. Vaya usted con Dios.

---

(1) Don Silverio, Dolores.
(2) Dolores, Don Silverio.

ESCENA IV

DOÑA DOLORES y luego SERAFINA

DOL. ¡Qué susto me ha dado ese animal! A esto me expongo: á que venga cualquiera y lo descubra todo. Pero si no aprovecho esta ocasión, ¿cuándo voy á soltar á este desdichado? No hay otro recurso. ¡Animo y á ello! (Se dispone á abrir.)

SER. ¡Señora!

DOL. ¿Eh? (Volviéndose asustada y ocultando la llave.)

SER. Que puede usted ir á tomar la tila en la sala. Yo se la llevaré. Esa señorita no empieza á cantar mientras usted no vaya.

DOL. Ahora voy, ahora voy. Deje usted la taza ahí.

SER. ¿Quiére usted algo? ¿Necesita usted alguna cosa?

DOL. No, nada... (Paseando intranquila.) (¿Qué haré yo, Dios mío? ¿Qué haré yo?) (1)

SER. (¡Qué inquieta se ha quedado esta señora!) (Arregla la chimenea.)

DOL. (Eso es. No hay otra solución. Estando yo allí evito que vengan... Esta muchacha parece lista, y puede sacarnos á mí del compromiso... y á ese hombre del ropero.) Oiga usted, jóven.

SER. Mande usted, señora.

DOL. (En voz muy baja y como costándole trabajo la revelación.) Yo le diré á usted luego lo que sucede... Ahora no puedo... No vaya usted á sospechar nada malo de la señorita... Es cosa mía... Yo tengo la culpa... Pero, ahí, en ese ropero está encerrado un individuo...

SER. ¡Señora!

DOL. ¡Silencio, por Dios! Tome usted la llave; hágale usted salir, y que se vaya á escape, sin que nadie le vea.

SER. (Muy alegre.) (¡Lío! ¡Lío!)

MAG. (Dentro.) ¡Dolores!

---

(1) Serafina, Dolores.

DOL. ¡Allá voy! ¡Allá voy! (1). ¿Lo ve usted? Yo no puedo detenerme sin que sospechen... ¡Que se vaya al momento!

SER. ¡Pierda usted cuidado!

DOL. ¡Tome usted dos pesetas! (Se las da.)

SER. (¡Valiente propina!)

DOL. Luego le explicaré á usted lo que ha pasado. Pero, por Dios, mucha prudencia, mucha reserva y mucha discreción. ¡Allá voy! ¡Allá voy! (Vase segunda derecha.)

SER. ¡Vaya usted tranquila, señora! ¡Ahora me explico lo de los nervios! (Empieza la canción, dentro, y á distancia conveniente para no interrumpir el diálogo.)

ESCENA V

SERAFINA, luego FLORO

SER. ¡Pero, señor! ¡Que yo no he de entrar en casa donde no haya belenes! ¡Y que el de aquí debe ser gordo! ¡Vamos á soltar á este prisionero! (Abre el ropero. Se presenta Floro.)

FLORO ¡Ah! (Respirando fuerte.)

SER. ¡Señorito Floro!

FLORO ¡Serafina! ¿Tú aquí?

SER. ¡Y usted ahí!

FLORO ¡He creído asfixiarme!

SER. ¡Y por una vieja así! ¡Parece mentira!

FLORO ¡Yo no he venido por la vieja!

SER. ¡Pues ella fué la que me ha mandado sacarle!

FLORO ¡Ya lo he oido! ¡Se ha burlado de mí! ¡Pero la vengansa va á ser terrible! (Cierra el ropero y quita la llave.) Toma esta llave y ven conmigo, que en la escalera te diré lo que he pensado.

SER. ¡Andando! No vayan á venir. (Se dirigen al foro derecha.) ¡Ay! ¡El señor de al lado!

FLORO ¡Que no me vea nadie!

SER. ¡Métase usted ahí! (Entra Floro por la segunda izquierda, cerrando la puerta.)

---

(1) Dolores, Serafina.

ESCENA VI

SERAFINA y DON SILVERIO

SIL. ¡Qué cabeza la mía! ¡No parece la dichosa receta! (¡Huy! ¡La doncella!) Hola, ¿estás aquí, eh?

SER. Sí, señor.

SIL. (¡Pero qué cara tan chula tiene!)

SER. Allá dentro está su señora de usted... oyendo cantar á esa señorita.

SIL. ¿Allá dentro, eh? (Acercándose á ella, que irá retrocediendo hasta la puerta segunda izquierda.)

SER. Sí, señor. Pase usted, si gusta.

SIL. Otra cosa me gustaría más que oir cantar á esa joven.

SER. ¿Sí?

SIL. ¡Ya lo creo! ¡Oirte cantar á tí! ¿No cantas tú?

SER. ¿Yo? En la mano.

SIL. ¡Pues aquí tienes una palma que te espera!

SER. ¡Ay, qué gracia! (Casi apoyada en la puerta segunda izquierda.)

SIL. ¡Tú sí que tienes gracia! (Dándole una palmadita en la cara.)

SER. ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Déjeme usted en paz! (Vase por la puerta segunda izquierda, cerrándola bruscamente y dando con ella á don Silverio en las narices.)

SIL. Oye, escucha. ¡Retemonísima! ¡Zaragatera! (Dando golpecitos en la puerta.)

ESCENA VII

DON SILVERIO y DOÑA DOLORES

DOL. (Se dirige precipitadamente al ropero y se detiene al ver á don Silverio.) ¡Silverio!

SIL. ¡Ah! (Sorprendido, da la vuelta rápidamente.)

DOL. ¿Qué haces ahí?

SIL. ¿Yo?... ¡Nada!... Venía á decirte que no he encontrado la receta.

DOL. ¡No hace falta! ¡Estoy perfectamente! (Bajan al proscenio.)

SIL. (¿Si me habrá oído?) (Mirando hacia la izquierda.)

DOL. (¿Por dónde andará esa muchacha?) (Mirando hacia la derecha. Al volverse los dos á un tiempo, casi se tropiezan.) ¿No estaba aquí la doncella?

SIL. ¡No!... Estaba yo solo. ¡Completamente solo!

DOL. Bueno; vete allá adentro. Pueden ofenderse si no vas á oir cantar á esa señorita... ¡Anda, hombre, anda!

SIL. ¡Voy, voy! (¡No ha visto nada! ¡Me tranquilizo!) (Vase segunda derecha. Termina en seguida la canción.) (*).

DOL. ¡Está cerrado! (El ropero.) ¿Le habrá sacado ya? ¡Caballero! ¡Caballero! ¿Está usted ahí?... No responde. Ya ha salido, sin duda. ¡Gracias á Dios! ¡Qué peso se me ha quitado de encima! Voy á buscar á la doncella... (Vase por el foro derecha.)

ESCENA VIII

SERAFINA y FLORO

SER. No hay nadie. Puede usted salir. (Rapidísimo hasta el final de la escena.)

FLORO Sí, á la calle lueguito. Te ganas quinientas pesetas.

SER. Me las ganaré.

FLORO Le das el susto, y en seguida te largas. Yo abajo te espero.

SER. ¡Ande usted!

MAG. (Dentro.) ¡Serafina!

SER. ¡Me llaman!

MAG. ¡Serafina! (Dentro.)

SER. Voy, señora. ¡Márchese usted! (En el foro.)

FLORO ¡A escape! ¡Hasta luego! (Vase por el foro derecha.)

SER. ¡Quinientas pesetas! Ya lo creo que se lo digo. (Vase segunda derecha.)

FLORO (Entrando precipitadamente por el foro.) ¡Huy! ¡No se quién viene! No puedo salir. Me vuelvo al tocador. (Vase por la segunda izquierda, cerrando la puerta.)

(*) Véase la nota final.

ESCENA IX

DOÑA DOLORES y luego SERAFINA

DOL. (Entrando por el foro.) Pero, señor, ¿por dónde andará esa muchacha?

SER. (Saliendo de la segunda derecha y figurando contestar á Magdalena.) Está bien, señorita.

DOL. ¡Ah! ¡Aquí viene! (Con ansiedad.) ¿Qué hay?

SER. (¡Demonio! ¿Si le habrá visto?)

DOL. (Con ansiedad.) ¿Ha sacado usted á ese caballero?

SER. (No le ha visto. Ya estará en la calle.)

DOL. Vamos, conteste usted. ¿Se ha marchado ya?..

SER. (¡Quinientas pesetas! ¡Le doy el susto!)

DOL. ¡Hable usted, por Dios!

SER. ¡Ay, señora! (Con fingido desconsuelo.)

DOL. ¿Qué hay?

SER. ¡Ay, señora!

DOL. ¿Está en el armario todavía?

SER. ¡Desgraciadamente!

DOL. ¿Cómo!

SER. No quiera usted saber cómo está.

DOL. Pero ¿qué pasa?

SER. ¡Una cosa horrible!

DOL. ¡Hable usted, por favor!

SER. Pues bien, señora. Sin duda, como ahí dentro no podría respirar ese pobre señorito...

DOL. ¿Qué, se ha puesto malo? ¡Vamos á auxiliarle!

SER. ¡Ya no le hace falta!

DOL. ¿Eh?

SER. ¡Al abrir el armario, me lo encontré así! (Con el cuello torcido.)

DOL. ¿Cómo?

SER. ¡Pálido!

DOL. ¡Virgen de Atocha!

SER. ¡Rígido!

DOL. ¡Virgen de la Almudena!

SER. ¡Le llamé y no me contestó!

DOL. ¡Virgen de la Paloma!

SER. ¡Estaba muerto!
DOL. ¡¡Muerto!!
SER. ¡Completamente difunto!
DOL. ¡Dios me perdone! (Cae desmayada sobre la marquesita.)
SER. ¡Señora, señora!—¡Creo que he hecho una barbaridad!—¡Señora!

ESCENA X

SERAFINA, DOLORES, MAGDALENA. Luego MANUEL, DON SILVERIO, DOÑA PACA, PILAR y RODRIGUEZ

MAG. ¿Eh, qué es eso? ¡Dolores!
SER. ¡Esta señora que se ha desmayado!
MAG. ¿Otra vez? ¡Manuel! ¡Don Silverio! ¡Vengan ustedes!
MAN. ¿Qué hay?
SIL. ¿Qué ocurre?
PACA ¿Qué sucede? (Todos rodean á Dolores)
MAG. ¡Que Dolores ha vuelto á ponerse mala!
SIL. Pero ¿qué le pasa hoy á mi mujer? (Irritado.)
DOL. ¡Ay! (Suspirando.)
MAN. ¡Vamos, ya vuelve en sí!
SER. (Menos mal. Yo me largo, y ahí queda eso.) (Vase por el foro derecha.)
DOL. ¡Ay, Silverio de mi alma! (Llorando.)
SIL. Llora, hija, llora.
PACA Sí, que llore. Eso es nervioso. A mí me sucede lo mismo.
MAG. Llore usted, Dolores. Llore usted sin cuidado.
MAN. No se contenga usted.
ROD. Que se desahogue.
DOL. ¡Ay, Dios mío de mi alma! (Llorando amargamente.)
SIL. Así, así.
DOL. ¡Ay, Dios mío de mi corazón! (Llorando muy fuerte.)
SIL. No tanto, hija mía, no tanto.
DOL. ¿Qué voy yo á hacer ahora? (Bajando de pronto la entonación, y prcfundamente aterrada.)
SIL. ¿Pues qué has de hacer? Llorar; pero bajito;

y tranquilizarte. Anda, vámonos á casa. A la camita.

DOL. No, eso no. Ya se me va pasando. (¿Cómo es posible que yo me vaya?)

PACA ¿Se siente usted mejor?

DOL. Sí; ya estoy algo mejor. (Levantándose desfallecida.)

SIL. Todo eso es el tiro, que todavía no te ha salido del cuerpo.

DOL. Sí; eso es, el tiro.

MAN. Yo vuelvo á pedir á usted mil perdones.

DOL. No; si usted no tiene la culpa.

ROD. Vaya; puesto que á esta señora se le ha pasado el arrechucho, nosotros nos retiramos, con permíso de ustedes.

DOL. ¡Vayan ustedes con Dios! (Doña Paca y Pilar se ponen los sombreros.)

MAN. Amigo Rodríguez, repito á usted mi enhorabuena por las condiciones artísticas de la niña

ROD. Gracias.

PILAR Muchísimas gracias.

ROD. Ya sabía yo que os había de gustar.

MAN. ¡Mucho!

MAG. ¡Muchísimo!

MAN. Adios, doña Paquita; hasta mañana, que bajaremos á la estación.

PACA No os molestéis.

MAG. ¡Pues no faltaba más!

PACA Señora, que usted se alivie por completo.

DOL. Gracias.

PILAR Usted lo pase bien.

SIL. Ya saben ustedes que en el entresuelo de al lado nos tienen á sus órdenes.

ROD. Tantas gracias. Nosotros en Milán... no sé dónde... pero, en fin, allí tienen ustedes una fonda á su disposición. ¡Adiós, Manolo!

PACA No salgáis, no salgáis.

MAG. ¡Deje usted, por Dios! (Vanse Manuel y Magdalena, acompañando á Rodríguez, doña Paca y Pilar, por el foro derecha.)

DOL. ¡Ay, Silverio de mi alma!

SIL. Pero ¿qué te pasa? ¿Qué te sucede?

DOL. (¡Nada, no voy á tener más remedio que decírselo!) (Entran en escena Manuel y Magdalena.)

MAN. ¡Pobre familia! ¡Qué ilusiones se hace! (1).

MAG. Hombre, pues la niña canta bastante bien; ¿verdad, don Silverio?

SIL. Sí; para ser extremeña no lo hace del todo mal.

MAN. Ea, vamos á cenar, que es muy tarde.

SIL. Me parece muy bien.

MAG. Yo ya siento debilidad; y á usted, Dolores, le conviene también tomar algún alimento.

DOL. No me hables de comer ahora. No podría tragar bocado. Yo os espero aquí. Id vosotros.

MAN. Pues andando, al comedor.

SIL. Bueno, vamos.

DOL. (¡Tú... no!) (Deteniéndole.)

SIL. (¿Eh?)

DOL. (Tengo que hablarte.) (Aparte á don Silverio.)

SIL. (¿Qué será esto?)

MAN. ¿Vamos, don Silverio? (Desde el foro.)

SIL. No; yo me quedo acompañando á esta.—Más tarde tomaré cualquier cosilla.

MAN. Como usted guste.

MAG. ¿Usted quiere que le traigan otra taza de tila?

DOL. No, no necesito nada. Aquí me quedo con Silverio.

MAG. Pues hasta luego. (Vánse foro izquierda.)

DOL. Hasta después.

ESCENA XI

DON SILVERIO y DOÑA DOLORES, luego FLORO

SIL. Vamos á ver. (2) ¿Qué es lo que tienes que decirme? Ya estamos solos.

DOL. ¡No, no estamos solos!

SIL. Sí, mujer, no hay nadie.

---

(1) Manuel, Magdalena, don Silverio, Dolores.

(2) Dolores don Silverio.

DOL. ¡Cuando te digo que no estamos solos!

SIL. (Sospecho que mi mujer está algo trastornada.)

DOL. ¡Ay, Silverio! (Angustiadísima.)

SIL. Estás como la nieve. De seguro que tienes los piés helados.

DOL. ¡Sí! Tengo los piés fríos y la cabeza caliente.

SIL. Vamos, estás como el negro. Ven, ven junto á la chimenea. (La coge de las manos y la lleva junto á la chimenea.) Aquí entrarás en reacción. —¡Siéntate ahí! (En la butaca de la izquierda de la chimenea; doña Dolores, se sienta y se levanta rápidamente.)

DOL. ¡No! ¡De espaldas no! (Refiriéndose al ropero.)

SIL. ¿Cómo?

DOL. Aquí, aquí me sentaré. (Se sienta en la butaca de la derecha.)

SIL. (¡Cuando yo digo que está algo trastornada!) Vamos, vamos; serénate y dime lo que te sucede. (Se sienta en la butaca de la izquierda.)

DOL. Lo que menos te puedes figurar.

SIL. ¿Qué?

DOL. ¡Una cosa horrible!

SIL. ¿Horrible?

DOL. Yo necesito decírtelo todo.

SIL. ¡Bueno, pues dilo pronto! ¡Dilo!

DOL. ¡Silverio!... (Con mucha naturalidad.) ¿Tú me crees capáz de matar á un hombre?

SIL. ¡Demonio! (Levantándose.) ¡Voy á llamar á un médico!

DOL. ¡No! (Levantándose y deteniéndole.) No creas que me he vuelto loca. Estoy cuerda y muy cuerda, aunque lo que pasa es para perder el juicio.

SIL. Pero, ¿acabarás de decirme lo que pasa? (Incomodado.)

DOL. ¡Escucha y asómbrate! (Se sienta en la silla de la izquierda del velador.)

SIL. Ya te escucho. (1) (En pié á su lado.)

DOL. Un joven hacía el amor á Magdalena.

SIL. ¿Qué dices? (Con gran extrañeza.)

DOL. Que un joven, hacía el amor á Magdalena.

---

(1) Dolores, don Silverio.

SIL. Ya lo he oído; pero, ¿ella?

DOL. ¡Ella, le rechazaba!

SIL. ¡Ah! (Tranquilizándose.)

DOL. Era el mismo que asedió este verano á Mercedes, nuestra sobrina.

SIL. ¿El del tiesto?

DOL. Precisamente.—Magdalena, me contó lo que le pasaba. Yo quise escarmentarle por segunda vez...

SIL. ¿Y le tiraste otro tiesto?

DOL. ¡No! ¡Ojalá! Yo, como él le había pedido á Magdalena una cita, esta tarde le hice subir aquí, sin que ella lo supiera.

SIL. ¡Muy mal hecho!

DOL. Ya lo sé. Pero ya conoces mi caracter... Como soy tan bromista... (Llorando amargamente.)

SIL. Pues, hija, lo que es hoy lo disimulas bastante.

DOL. Aprovechando tu ausencia y la de Manuel, quise darle un susto, ¡y el susto me lo he llevado yo!

SIL. Pero, ¿qué has hecho? Porque hasta ahora no veo motivo para que te aflijas de ese modo.

DOL. ¡Ya verás si lo hay!—Subió ese joven—¡nunca hubiera subido!—y para ponerle en un apuro, le hice creer que llegábais en aquel momento y le obligué á ocultarse en ese armario.

SIL. Bueno, ¿y qué?

DOL. Que apenas le había encerrado, llegásteis vosotros, cuando menos os esperábamos, y ya no me ha sido posible sacarle de ahí.

SIL. ¡Cómo! Pero, ¿esta encerrado todavía?

DOL. ¡Sí! ¡Ahí está! (Se levanta.)

SIL. ¡Qué atrocidad! (Con indignación.) ¡Es una broma demasiado pesada! ¡Tantas horas ahí! ¡Hasta puede morirse! (Se dirige al ropero.)

DOL. ¡No! ¡Ya se ha muerto!

SIL. ¡Caracoles! (Volviéndose aterrado.)

DOL. Cuando la doncella, por orden mía, fué á sacarlo hace poco, se lo encontró tieso, rígido... ¡cadáver!

SIL. ¡Dolores, Dolores! ¿Qué es lo que has hecho?

DOL. Una barbaridad, ya lo sé. Pero no tiene remedio.

SIL. ¿De manera... qué ahí dentro?...

DOL. ¡Sí! ¡Ahí está el pobrecito! (Se sienta en la silla de la derecha del velador.)

SIL. ¡Jesús, Jesús y Jesús! (Se deja caer en la silla de la izquierda; coge tembloroso la taza de tila, y la apura de un trago. Pausa.) ¡Y Magdalena y Manuel sin saber nada! (Se levantan los dos.)

DOL. ¡Nada! ¡El disgusto me lo estoy pasando yo sola!

SIL. No, hija; lo estamos pasando los dos. ¡Matar á un hombre! ¡Pues es una friolera!

DOL. ¡Por Dios, Silverio! No me acongojes más.

SIL. ¡No hay más remedio! Es preciso enterar á Magdalena.

DOL. Ya lo sé. Yo me encargo de decírselo.

SIL ¡Y á Manuel también!

DOL. ¿Estás loco? ¡Eso no puede ser! ¿Quién le convence de que todo esto no es una invención nuestra para salvar á Magdalena de un compromiso? El no desconfía de su esposa, pero, en su caso, cualquiera sospecharía...

SIL. ¡Tienes razón! ¡La cosa es grave, gravísima! ¡Manuel debe ignorarla por completo!

DOL. Piensa, piensa...

SIL. ¿Qué haremos, señor, qué haremos? (Se quedan los dos con la mirada baja y muy pensativos. Pausa breve.)

FLORO (Asomándose.) Esta es la ocasión... (Viéndoles.) ¡Ay! (Cerrando de pronto la puerta.)

DOL. Y SIL. ¡Eh! (Abrazándose muy asustados.)

DOL. ¿Has oido?

SIL. Sí... ¡Ha sido en el ropero! (Con voz temblona.)

DOL. Hacia allí ha sonado.

SIL. ¡Quién sabe! ¡Acaso no esté ese hombre completamente muerto! ¡Vamos á ver! (Cogiéndola de la mano.)

DOL. ¡No, por Dios! ¡Yo no tengo valor para verlo!

SIL. ¡Yo tampoco, pero no hay remedio! Es preciso hacer de tripas corazón. Dáme la llave.

DOL. La tiene la doncella.

SIL. Pues, llámala.

DOL. Voy á buscarla yo misma.

SIL. ¡Anda, pronto!

DOL. ¡Vuelvo al instante! (Vase por el foro izquierda.)

ESCENA XII

DON SILVERIO solo

¡A ver! (Acercándose con marcado temor al ropero.) ¡Quiá!... ¡No resuella! ¡No se oye nada! ¡Caballero!... ¡Caballero!... ¡Que si quieres! ¡Dios mío de mi alma! ¡Qué situación tan comprometida!... (Bajando al proscenio y con entonación cómicamente dramática.) Una esposa honrada... un hogar honrado... un esposo honrado también... y, sin embargo, ahí dentro hay un cadáver... Allí, una mujer inocente que ha sido causa de este crimen..., y aquí... un hombre... muerto de miedo, porque, la verdad es que yo tengo un miedo horroroso... Y es preciso hacer algo... Hay que tomar una resolución... Pero, ¿cuál? Eso es lo que yo me pregunto. Y, ¡claro! como soy yo quien me lo pregunto, no puedo contestarme... Mi mujer, aunque inconscientemente, ha sido la única culpable. ¡Pero, yo, su marido, no debo permitir que caiga sobre ella todo el peso de la ley!... ¿Me declaro yo único responsable?... ¡Tampoco! Yo soy inocente; la justicia castigaría á un inocente, y yo debo velar por los fueros de la justicia... ¿Qué haré, Dios mío? ¿Qué haré?... ¡Y luego hablan de los dramas! ¡Este sí que es un drama! Quisiera yo tener aquí á don José Echegaray á ver cómo resolvía este conflicto. Porque lo que es como esperen á que yo lo resuelva, ya hay muerto para rato. ¡Ahí se queda encerrado para toda su vida! ¡Es decir, para toda su vida, no, porque ya no la tiene el pobrecito!...

ESCENA XIII

DICHO, DOLORES y MAGDALENA

MAG. ¡Qué desgracia, Dios mío! ¡Qué desgracia! (Llorando.)
SIL. ¿Lo sabes ya? (A Magdalena.)
MAG. ¡Sí! Lo sé todo, y estoy asustadísima
SIL. ¿Dónde está Manuel? (1)
MAG. Tomando el té en el comedor.
SIL. Ya comprenderás lo grave de que tu marido lo sepa.
MAG. ¿No he de comprenderlo? ¡Ha sido una imprudencia incalificable!
DOL. Cierto, pero yo no podía creer que sucediera lo que ha sucedido.
SIL. ¡Animo! ¡Animo! ¡Venga la llave!
DOL. ¡Si no la tenemos!
SIL. ¿No decías que se la habías dado á la doncella?
DOL. ¡Sí! pero tú no sabes lo peor.
SIL. ¿Qué?
DOL. ¡Que estamos perdidos!
SIL. ¿Más pérdidos todavía?
DOL. La doncella...
SIL. ¿Se ha muerto también?
DOL. ¡No! Se ha despedido de esta casa con no sé qué pretexto.
MAG. Y se ha marchado hace un rato.
DOL. Llevándose la llave.
SIL. Ya buscaremos otra que sirva.
DOL. ¡Si no es eso lo malo!
SIL. ¡Dále! ¡Qué gana de atormentarle á uno!
DOL. La doncellita huyó, sin duda, para no verse complicada en todo esto.
SIL. ¡Indudablemente!
MAG. ¡Y tal vez haya ido á dar parte á la autoridad!
SIL. ¡De seguro!
DOL. Yo no me fío de esa muchacha. Tiene una

(1) Dolores, Magdalena, don Silverio.

manera de hablar, y unos modales, y una cara...

SIL. No, la cara no es fea.

MAG. ¡Dios mío! Vendrá el Juez, y entonces ya no podremos ocultar á Manuel lo que pasa. !Ay, Don Silverio! ¡Sólo en usted confío!

DOL. ¡En tí confiamos!

SIL. Pues yo desconfío mucho de mí, la verdad. Como no me he visto nunca en estos lances...

MAN. (Dentro.) ¡Sí! Mañana temprano.

MAG. ¡Manuel viene!

DOL. Disimula.

SIL. Disimulemos. ¡Já, já! ¿Conque sí, eh? ¡Qué demonio, hombre, qué demonio! ¡Tiene gracia! ¡Já, já, já!

ESCENA XIV

DICHOS y MANUEL, que entra tarareando y se calienta á la chimenea

MAN. Sepamos que es lo qué tiene gracia (1).

SIL. (¡Riéte!) (A doña Dolores.)

DOL. (Riéte.) (A Magdalena.)

LOS TRES ¡Já, já, já!

MAN. ¿Qué es ello? ¿De qué se trata?

SIL. (¡Cualquierale dice de lo que se trata!) ¡Nada, hombre! ¡Cosas de esta! (Por doña Dolores.) ¡Ya sabes cómo es! Siempre está de broma.

MAN. ¡Buena señal! Eso prueba que ya se siente usted perfectamente.

DOL. ¡Sí! Estoy como si nada hubiera pasado. (Haz que se acueste.) (A Magdalena.)

MAN. Bueno (Bajando al proscenio.); pues si á ustedes les parece, todavía es temprano, jugaremos un tresillito.

DOL.
MAG.
SIL. } (A un tiempo.) ¡No!

MAN. ¿Por qué? (Con extrañeza.)

---

(1) Manuel, Magdalena, Dolores, don Silverio.

SIL. Porque... porque yo estoy muy cansado, y esta también está muy cansada, y tú debes de estar cansadísimo (1).

MAN. ¡Pche! Algo.

SIL. ¡Claro, hombre! (Don Silverio bosteza fingidamente varias veces.) Después del madrugón que nos dimos hoy, y de lo que hemos corrido estos días, y del traqueteo del tren... yo creo que debes acostarte. Nosotros también nos vamos á la cama.

MAG. (¿Se van ustedes de veras?) (Aparte á don Silverio.)

SIL. (¡No, mujer!)

MAG. Don Silverio tiene razón. Lo mejor es que nos acostemos... Ya sabes que mañana tendremos que madrugar para despedir á los de Rodríguez.

MAN. ¡Es verdad! (Bostezando.)

SIL. ¿Lo ves? Si te estás cayendo de sueño. ¡Anda, anda á dormir! (Empujándole suavemente.) Que descanses.

MAN. Pues buenas noches. Adiós, Dolores.

MAG. (A Manuel.) Yo voy á la cocina á echar la cuenta.

MAN. (Desde la puerta primera derecha.) Hasta mañana.

SIL. Hasta mañana. (Vase Manuel.)

DOL. Si Dios quiere. (Magdalena cierra la puerta.)

ESCENA XV

DICHOS, menos MANUEL, luego PEDRO

SIL. (Después de una breve pausa.) Ahora es necesario esperar á que se duerma (2).

MAG. No tardará. En cuanto pone la cabeza en la almohada se queda como un bendito.

DOL. ¡Como lo que es!

MAG. Tiene usted razón. Por eso, porque es tan bueno, me aterra la idea de darle un disgusto como este.

---

(1) Manuel, don Silverio, Magdalena, Dolores.

(2) Magdalena, don Silverio, Dolores.

SIL. Aquí lo que se necesita es mucha serenidad y mucha sangre fría.

DOL. Tienes razón. Yo ya he conseguido dominarme, y desde que os he enterado de lo que pasa, hasta parece que tengo menos miedo.

SIL. ¡Naturalmente! Como que nos lo hemos repartido entre los tres.

MAG. Pues, yo, la verdad, estoy que se me puede ahogar con un cabello. Cuando pienso que ahí... ¡Ay! (Los tres retroceden aterrados.)

SIL. ¡Valor, hijas mías, valor! Para no tener miedo no hay como tener valor.

MAG. Ya lo sé, pero...

DOL. Lo único temible es la intervención de la autoridad. (Campanillazo.)

SIL. ¡Han llamado! (Asustado.)

MAG. ¿Quién será? (Idem.)

DOL. ¡Dios mío! ¡Si la doncella habrá avisado al Juez!

PED. (En el foro.) ¡Señorita!

MAG. ¿Qué?

DOL. ¿Quién?

SIL. ¿Quién es?

PED. Ese caballero que ha estado antes.

MAG. ¡Ah! Es Rodríguez. Que pase.

PED. ¡Pase usted! (Vase Pedro.)

ESCENA XVI

DICHOS y RODRÍGUEZ, que llega jadeante

ROD. Buenas noches (1).

MAG. ¿Qué hay, amigo Rodríguez?

ROD. Pues nada... vengo sin aliento... me he dado un trote... creí que ya habían cerrado la puerta, y como nos vamos mañana temprano...

MAG. Pero, ¿qué hay?

ROD. Que vengo á recoger *El muerto*...

LOS TRES ¡Eh! (Aterrados.)

---

(1) Don Silverio, Dolores, Magdalena, señor Rodríguez.

ROD. *El muerto de amor.*

LOS TRES ¡Ah!

ROD. ¿Qué muerto había de ser?

SIL. ¡Claro!

DOL. ¡Naturalmente! (Riéndose sin ganas.)

ROD. Dice la niña que se lo ha dejado sobre el piano.

SIL. (¡Maldito seas, amén!)

MAG. Voy por él. (¡Qué susto me ha dado!) (Vase por la segunda derecha y vuelve luego.)

ROD. Ya saben ustedes lo que son los artistas (1). La niña está enamorada de esa canción y sentía dejársela en Madrid. ¡Es lástima que no se la hayan ustedes oído cantar! Tiene al final unas lamentaciones que llegan al alma. (Cantando.)

«¡Infeliz! ¡Infeliz!
¡El amor le mató!»

SIL. (Tapándole la boca.) ¡Calle usted, hombre! Que Manuel está durmiendo.

ROD. ¡Ah! No lo sabía.

MAG. Aquí tiene usted la cancioncita (Dándole una pieza de música.)

ROD. Esta es. Vaya, pues dejo á ustedes. Adiós, señora, repito... (A Dolores.)

DOL. Gracias.

ROD. Adiós, caballero, hasta la vuelta.

SIL. ¡Qué! ¿Va usted á volver? (Alarmado.)

ROD. Dentro de un par de años.

SIL. ¡Ah! Pues, hasta entonces, y buen viaje.

ROD. Hasta mañana, ¿eh? (A Magdalena.)

MAG. Sí, allá bajaremos. Adiós, señor Rodríguez. (Va con él por el foro.)

ESCENA XXVII

DOÑA DOLORES, DON SILVERIO, luego MAGDALENA

SIL. ¡Demonio de hombre! ¡Qué oportunamente ha venido!

DOL. Ya verás cómo esta noche no nos dejan en en paz las visitas.

---

(1) Dolores, don Silverio, señor Rodríguez.

SIL. No; pues eso hay que evitarlo. Necesitamos estar solos, completamente solos.

MAG. (Entrando por el foro.) Ya se ha marchado el buen señor. (1)

SIL. Oye, Magdalena.

MAG. ¿Qué?

SIL. Da orden de que no estáis en casa para nadie.

MAG. A estas horas, ¿quién ha de venir?

SIL. Por si acaso. Con estas intranquilidades no tiene uno el ánimo para afrontar lo terrible de la situación. Y sobre todo, es necesario una cosa.

MAG. Usted dirá.

SIL. Que se acuesten los criados. Dolores y yo nos vamos á casa.

MAG. ¡No, por Dios!

SIL. Luego, cuando todos estén dormidos, tú nos abres la puerta sigilosamente; entramos, y aquí, sin que nadie nos moleste...

MAG. ¡Ay, no! ¡Eso sí que no! ¡Yo no me quedo aquí sola!

DOL. Pero, mujer...

MAG. De ninguna manera. Pasen ustedes á la sala. Yo le diré á Pedro que ustedes se han marchado ya.

SIL. Bueno, bueno. Pero que se acuesten, que se acuesten en seguida.

MAG. Ahora mismo. Retírense ustedes.

DOL. Vamos.

SIL. Vamos. Reune todas las llaves que tengas... (A Magdalena.) ¡Me siento inspirado! Creo que dominaremos el conflicto. (Vanse don Silverio y doña Dolores, puerta segunda derecha.)

MAG. ¡Dios lo haga!

---

(1) Dolores—Don Silverio—Magdalena.

ESCENA XVIII

MAGDALENA, luego PEDRO

MAG. (Desde el segundo término derecha, y sin atreverse á acercarse al foro.) ¡Pedro!... ¡Pedro!... Venga usted.

PED. ¿Qué manda la señorita?

MAG. Pueden ustedes acostarse.

PED. ¿Pero los señores de al lado?...

MAG. Ya se han ido á su casa.

PED. ¡Ah! No lo sabía.

MAG. Acuéstese usted.

PED. En cuanto acabe de limpiar las botas del señorito.

MAG. Déjelas usted para mañana. Estará usted cansado.

PED. Señorita, yo...

MAG. Y á la cocinera, que se acueste también.

PED. Está acabando de fregar.

MAG. Pues que lo deje también para mañana. La pobrecita estará muy cansada.

PED. Como usted mande.

MAG. (Creo que no digo más que tonterías.) Buenas noches, Pedro. (Vase primera derecha, cerrando la puerta.)

PED. Señorita, que usted descanse.

ESCENA XIX

PEDRO, solo

Amos mejores no los hay en todo Madrid. Y esa tonta de doncella que se ha marchado... (Enciende una cerilla en la fosforera que habrá sobre el velador.) Pero, es claro. Acostumbrada á líos, (Tapando la chimenea.) no podía gustarle una casa tan tranquila como esta. Vaya... (Apaga el quinqué que hay en la repisa de la chimenea.) A la cama... A dormir de un tirón hasta las seis. (Vase por el foro, cerrando la puerta. La escena queda á obscuras.)

ESCENA XX

FLORO, luego MAGDALENA

FLORO (Asomando la cabeza.) ¡Caramelo! Esta es una *aburrisión*. No espero más... Si yo pudiera... ¡Huy!... (Viendo que se abre la puerta primera derecha.) ¡Caramelito! (Se oculta, cerrando la puerta.)

MAG. (Con una palmatoria que deja sobre el velador. Luz en la escena.) El pobre Manuel ya está como un leño... ¡Ay! ¡No me atrevo ni á mirar al ropero! (Va á la puerta segunda derecha.) ¡Don Silverio!... ¡Dolores!... ¡Salgan ustedes!

ESCENA XXI

MAGDALENA, DON SILVERIO y DOÑA DOLORES. Toda la escena debe hacerse misteriosamente, sin levantar la voz.

SIL. (Con una palmatoria, cuya bujía apaga en seguida. La deja sobre el velador.) Aquí estamos. Ya lo tengo todo pensado. ¿Está Manuel dormido?

MAG. Profundamente.

DOL. ¡Dichoso él!

SIL. ¿Y los criados? (1).

MAG. Ya se habrán acostado.

SIL. Sin embargo, conviene cerciorarse. Vé á ver si Pedro se ha metido ya en la cama.

DOL. ¡Silverio!

SIL. Tienes razón.

MAG. (Que ha ido al foro.) No se ve luz, ni se oye á nadie.

SIL. Bueno, pues manos á la obra. Mi resolución es la siguiente:

DOL. Sepamos.

MAG. Usted dirá.

SIL. ¿Tienes ahí las llaves?

MAG. Sí, señor. Estos dos manojos. (Suenan las llaves.)

SIL. ¡Silencio! (Cogiendo los llaveros.) Perfectamente. Oid: ¡Aquí se ha cometido un crimen! (Al

---

(1) Dolores.—Don Silverio.—Magdalena.

accionar, con los manojos de llaves, hace ruido, y las guarda cuidadosamente en el bolsillo.)

DOL. No ha sido crimen; ha sido una desgracia.

MAG. ¡Una desgracia muy grande!

SIL. Ha sido un delito que está calificado en el Código: homicidio por imprudencia temeraria, y, por lo tanto, crimen. Nosotros somos tres criminales.

MAG. ¡Yo no!

SIL. Yo tampoco; pero esta resulta criminal, y yo, por lo tanto, criminal consorte, y tú cómplice y encubridora. No hay que darle vueltas. Es preciso no acobardarse. Puestos ya en la pendiente del crimen, no debemos retroceder.

DOL. ¡Pues adelante!

SIL. Así me gusta. ¡Decisión y energía!

MAG. Pero ¿qué es lo que vamos á hacer?

SIL. Mi plan es este: Ya está abierto el ropero.

MAG. Y DOL. ¡Ay! (Asustadas.)

SIL. No, no os asustéis. Esta es una hipótesis. Supongo que con alguna de estas llaves lograremos abrirlo.

MAG. ¡Qué horror!

DOL. Bien. Y después de abrirlo ¿qué?..

SIL. Pues después de abrirlo, cogemos el cadáver entre los tres.

MAG. ¡Yo no!

DOL. ¡Yo tampoco!

SIL. Corriente. Cargaré yo con el muerto.

DOL. ¿Y qué haces con él?

SIL. Bajáis conmigo, abrís la puerta de la calle, á estas horas suele estar desierta, dejo á ese desdichado joven en medio del arroyo, y adivina quién te dió. La policía supondrá que ha sido víctima de un accidente cualquiera.

DOL. Eso sí es posible.

SIL. Nada, nada; es el único medio. A la calle con él.

MAG. Pero, ¿y si cuando bajemos á dejarlo pasa por casualidad algún transeunte?

SIL. ¡Matamos al transeunte! ¡O somos ó no somos criminales!

MAG. ¡Don Silverio, por Dios!

SIL. Sí, es verdad. Me ha entrado ya el vértigo. Me siento capaz de todo.

DOL. Hay que reflexionar.

MAG. Hay que pensar en las consecuencias.

DOL. Y que á estas horas es lo probable que la doncella haya dado parte de lo ocurrido.

SIL. Bueno, pues á mí no se me ocurre más. Vosotras haréis lo que queráis; yo me voy á mi casa. (Medio mutis.—Le contienen.)

DOL. ¡Pero, hombre!

MAG. ¡Por la Virgen Santísima!

SIL. Pero ¿qué queréis que haga?

MAG. Lo primero es evitar que si viene el Juez encuentre aquí á ese hombre. La vecindad se habrá enterado de que me paseaba la calle; podrán creer lo que no existe, y hasta Manuel quizás...

SIL. Sí, sí; tienes razón. Nos lo llevaremos á casa.

DOL. Yo, por salvarte, soy capaz de decir al Juez que ese hombre era un amante mío.

SIL. Eso no hay ningún Juez que lo crea.

DOL. Entonces...

SIL. ¡Se me ocurre una idea feliz! Voy á escribir una comunicación al Juez de guardia, diciéndole que ese infeliz ha fallecido en nuestra casa.

MAG. Pero...

SIL. Y mientras Pedro va á llevar la carta al Juzgado trasladamos al muerto de domicilio. ¿Eh? ¿Qué os parece?

MAG. Muy bien.

DOL. Perfectamente.

SIL. Ahora mismo voy á escribir esas cuatro letras.

MAG. Pase usted al despacho por ahí, por la sala. (Doña Dolores ha cogido las dos palmatorias.—Enciende la que ha apagado antes don Silverio y se la da á éste, quedándose ella con la otra en la mano.)

SIL. ¡Ha sido una gran idea! ¡Parece mentira que se me haya ocurrido!

MAG. ¡Ande usted, ande usted pronto! (Vase don Silverio por la segunda derecha.)

ESCENA XXII

MAGDALENA y DOÑA DOLORES, luego FLORO

MAG. ¡Ay, Dolores! ¡Lo que pueden las circunstancias! ¿Quién había de decirme á mí, que tengo tanto miedo á los muertos, que había de verme, así, tan cerca de uno?

DOL. No me lo digas. Que yo, aunque disimulo, estoy más aterrada que tú.

MAG. Yo siento unos mareos... y unas sofocaciones...

DOL. Abriré un poquito el balcón para que se ventile esto.

MAG. ¡Sí, abra usted! (Doña Dolores va al balcón y al abrirlo se le apaga la luz. Queda la escena á obscuras.) ¡Ay! ¡Dios mío!... ¡Dolores!... (Asustadísima.)

DOL. ¡Calma, hija, calma! Ahí creo que hay fósforos. (Se dirige á tientas al velador procurando no hacer ruido.)

FLORO (Saliendo sigilosamente.) (No se oye nada... A ver si doy con la puerta... Sólo falta que hayan cerrado la de la calle y entonses no me queda más recurso que descolgarme por el balcón...) (Cuando se halla delante del ropero, doña Dolores enciende un fósforo.) ¡Ay! (Claridad.)

DOL. } MAG. } (Viéndole.) ¡Ay! (En el colmo del terror. Se apaga el fósforo.)

DOL. ¡Jesús! (Obscuro.)

MAG. ¡Socorro!

DOL. ¡Favor!

FLORO (Me descuelgo, ¡aunque me desnuque!) (Vase segunda izquierda, cerrando.)

ESCENA XXIII

DOÑA DOLORES, MAGDALENA y en seguida DON SILVERIO

MAG. ¡Dolores!

DOL. ¡Magdalena!

SIL. (Con la palmatoria. Luz en la escena.) ¿Qué es eso? ¿Por qué gritáis de ese modo?

DOL. ¡He visto al muerto! (1).

MAG. ¡Yo también lo he visto!

SIL. ¡Qué barbaridad! ¡El terror os hace ver visiones!

MAG. ¡No! ¡Estaba allí, delante del ropero! ¡Así! (En cruz.)

DOL. ¡Justo! ¡Así estaba! (Al abrir los brazos, da con la mano en la cara á don Silverio.)

SIL. ¡No es posible! El ropero está cerrado. ¡Son alucinaciones! ¡Eso es la conciencia!

MAG. ¡Tal vez!

DOL. ¡Cómo deben de sufrir los criminales!

SIL. ¡Mucho, hija, mucho!

MAG. ¿Si habrán despertado á Manuel nuestros gritos?

SIL. ¡Pues era lo que nos faltaba! (Magdalena entreabre la primera puerta derecha.)

MAG. No se oye nada. Sigue durmiendo tranquilamente.

SIL. Pues entonces voy á llamar á Pedro para que lleve esta comunicación. Oid, oid lo que le digo al Juez. (Lee.) «Señor Juez de guardia. Un joven desconocido que estaba de visita en mi casa ha fallecido repentinamente. Lo que participo á V. S. para su satisfacción y efectos oportunos. Dios guarde á V. S., etc.» (Campanillazo.)

LOS TRES ¡Ay!

DOL. ¿Quién habrá llamado?

MAG. ¿Quién será á estas horas? (Segundo campanillazo.)

SIL. ¡Dios mío! Creo que ya no es necesaria esta cartita.

MAG. ¿Por qué?

SIL. Porque me parece que tenemos ahí al Juez de guardia.

DOL. ¡Estamos perdidos!

PED. (Dentro.) ¿Quién? ¿Quién llama?

MAG. Pedro ha salido á abrir.

DOL. ¡Que no abra!

SIL. Si es la autoridad no podemos negarle la entrada.

---

(1) Magdalena, Dolores, don Silverio.

MAG. ¡Ay, don Silverio!
DOL. ¡Ay, Magdalena!
SIL. ¡Ay, Dolores!

ESCENA XXIV

DICHOS y PEDRO, luego JUAN, dos Guardias de Orden público y FLORO

PED. Señorita... señorita...
MAG. ¿Qué?
PED. El sereno y unos guardias de orden público.
MAG. (¡Ay de mí!)
DOL. (¡Virgen santa!)
SIL. (¡Ya no hay remedio!)
JUAN (Dentro.) Adelante, guardias, adelante. (Se presenta en el foro.) Buenas noches nos de Dios.
SIL. Muy buenas noches.
JUAN Pasen ustedes. (Aparecen Floro con el sombrero apabullado y en estado lastimoso y los dos Guardias.)
MAG. (¡Jesús! ¡El!)
DOL. (¡El muerto!)
SIL. (¿Es este?)
JUAN Aquí traemos á este señorito que se ha descolgado de uno de esos balcones.
GUAR. Y se ha pegado una buena costalada.
DOL. Pero... ¿no estaba usted muerto?
FLORO (Quejándose.) Estoy medio muerto.
JUAN Este debe de ser un raterillo.
FLORO Poco á poco, soy un caballero.
SIL. ¡Es verdad! ¡Es un caballero á quien yo he tirado por el balcón!
FLORO ¿Eh?
SIL. Y á quien vuelvo á tirar otra vez si no me lo quitan pronto de delante.
GUAR. ¡Andando! ¡A la prevención!
FLORO ¡No! Antes á la Casa de socorro. Que me reconoscan. ¡A mí ha debido rompérseme algo!
SIL. Bueno, pues que le arreglen lo que se le haya roto, y en seguida suéltenlo ustedes bajo mi responsabilidad.—Ya está bastante castigado.

FLORO ¡Sí! ¡Bastante!
JUAN ¡Andando!
GUAR. ¡Ande usted!
FLORO (Quejándose.) ¡Ay! ¡A los piés de ustedes! (Vánse Floro, los Guardias y el Sereno.)
SIL. ¡Vaya usted enhoramala!

ESCENA ÚLTIMA

DON SILVERIO, DOÑA DOLORES, MAGDALENA, luego, MANUEL

MAG. ¡Todo esto me parece un sueño!
SIL. ¡Lo que yo nò me explico, es cómo ha podido salir ese hombre del ropero!
DOL. ¿Y por qué la doncella me diría que estaba muerto?
SIL. Es preciso averiguarlo. Yo me encargo de buscar mañana mismo á la doncella.
MAG. ¡Lo principal es que ya hemos salido del apuro, y que estoy contentísima!
DOL. ¡Y yo!
SIL. ¡Y yo!
MAG. ¡Dolores!
DOL. ¡Magdalena!
MAG. ¡Don Silverio!
SIL. ¡Ay, hijas mías! ¡Y qué rato me habéis hecho pasar! (Ríen los tres.)
MAN. (Saliendo de la primera izquierda.) ¿Qué es esto? ¿Ustedes aquí todavía?
MAG. ¡Manuel!
MAN. ¿Qué pasa? ¿Me ha parecido oír aquí voces extrañas?
SIL. ¿Extrañas?
MAG. ¡Quiá!
DOL. ¡Eramos nosotros!
SIL. Nos hemos entretenido con una broma de esta.
DOL. (Te juro que será la última.) (Aparte á don Silverio.)
SIL. Mañana te la contaremos.
MAG. Yo me encargo de contársela.

DOL. ¡Ea! ¡A la cama todo el mundo!

MAN.
MAG. } Hasta mañana.

SIL.
DOL. } Hasta mañana. (Grupos de los dos matrimonios.)

LOS 4 (Al público á un tiempo y acompasadamente.) Que ustedes pasen buena noche... (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

NOTA IMPORTANTE

PARA LOS DIRECTORES DE ESCENA

El ropero debe hacerse en el hueco de la pared del foro, de ninguna manera aprovechar para ello un armario; y la puerta, pintada del color de las otras de la misma habitación, ha de tener tirador, buena cerradura y *una sola hoja* que se abra de derecha á izquierda. Los autores recomiendan esto con todo interés, así como también que la escopeta que se dispare sea de dos cañones, de la mayor precisión posible y cargados ambos por si fallase el primer tiro.

Como tampoco sería difícil que faltase éste las dos veces, debe tenerse prevenida una pistola entre bastidores, junto á la puerta que figura balcón.

En los teatros donde no pueda cantar la actriz encargada del papel de PILARCITA, ó donde no hubiere piano para acompañarla, puede suprimirse la canción; pero debe evitarse, porque da mucha verdad á la escena, siempre que se cante lejos para que no perturbe el diálogo.

Esa canción puede ser cualquiera de las muchas *de género cursi*, que hay por esos mundos de Dios.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

(EN COLABORACIÓN)

LA VIUDA DEL ZURRADOR, parodia en un acto y en verso.

PERIQUITO, zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

LA OCASIÓN LA PINTAN CALVA, comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.

¡ADIOS, MADRID!, boceto de costumbres madrileñas, en tres actos en verso y prosa, original.

DE TIROS LARGOS, juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa.

LA PRIMERA CURA, comedia en tres actos y en verso, original.

LA PRIMERA CURA, refundida en dos actos.

LA CALANDRIA, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

EL HIJO DE LA NIEVE, novela cómico-dramática, original, en tres actos.

ROBO EN DESPOBLADO, comedia de gracioso, en dos actos, y en prosa, original. (Tercera edición.)

LA ALMONEDA DEL 3.°, comedia en dos actos, original y en prosa.

CORO DE SEÑORAS, pasillo cómico-lírico original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto.

LOS LOBOS MARINOS, zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

EL PADRÓN MUNICIPAL, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

EL SEÑOR GOBERNADOR, comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

EL REY QUE RABIÓ, zarzuela cómica, original, en tres actos, divididos en ocho cuadros, en prosa y verso.

EL OSO MUERTO, comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)


VNIVERSITAT · CAROL · SEPTENT
SIGILLVM
LVX
LIBERTAS

